

El eco de la sangre

Prólogo

La cicatriz del abdomen tira de mi piel cada vez que el aire acondicionado del complejo baja de los veinte grados. No es un dolor de película; es una tensión sorda, como si el tejido recordara el ángulo exacto en el que el mundo intentó expulsarme.

Siete meses han pasado desde que cerramos la puerta del error. Ahora, el Proyecto S ya no es un secreto guardado en un búnker húmedo. Se ha convertido en una industria. El hormigón ha sido cubierto con paneles de diseño y los pasillos están llenos de técnicos con uniformes impecables que nunca han sentido el olor a ozono y madera podrida de hace sesenta millones de años.

He pasado de pisar el barro a mirar pantallas. Soy la "consultora", la voz en el auricular que intenta enseñarle a la nueva generación que el tiempo no se conquista, solo se sobrevive. Pero mientras observo a Elena en el simulador, no veo una sucesora. Veo una colisión. Y mientras tanto, en la superficie, la vida que construí sobre una mentira piadosa ha empezado a llamar la atención de la gente equivocada.

Capítulo 1. El peso de la transparencia

Elena se movía en la cámara de simulación con una confianza que me hacía apretar los dientes. El exoesqueleto de su traje zumbaba con cada paso, un sonido agudo que rebotaba en las paredes acolchadas. En mi monitor, su avatar digital corría por un bosque de helechos que yo conocía mejor que mi propia habitación.

—Elena, detente —dije por el micro. No grité, pero la presión en mi garganta hizo que la voz saliera seca.

—Estoy a diez metros del objetivo, Helen. El perímetro está en verde —respondió ella. Su respiración apenas estaba alterada.

—Tu perímetro está en verde porque el software solo busca patrones de movimiento de más de cincuenta kilos. No estás mirando las copas de los árboles. Hay una perturbación en el follaje a tu izquierda que no es viento. Sal de ahí ahora.

—Es solo un error del renderizado, Iván dijo que el procesador estaba...

—No es un error —le corté—. Es un depredador que lleva diez minutos calculando tu peso. Fin de la sesión.

Elena se detuvo en seco. En la pantalla, su ritmo cardíaco subió por la irritación, no por el ejercicio. Se quitó el casco y me miró a través del cristal. Tenía esa mirada de suficiencia técnica, la de alguien que cree que porque puede leer un código, puede dominar el mundo que ese código intenta imitar.

Salí de la sala de control antes de que ella subiera a discutir. Mis botas hacían un eco metálico en el pasillo, un recordatorio de que aquí todo es artificial. El complejo ya no olía a miedo; olía a productos de limpieza industriales y a la moqueta nueva que habían instalado en el ala administrativa. La Fase 2 estaba convirtiendo el búnker en una sucursal del gobierno.

Me crucé con Iván cerca de los servidores. Tenía ojeras que parecían excavadas en su rostro y sostenía una tableta con manos que no dejaban de moverse.

—Elena es rápida —dijo Iván sin mirarme, ajustando unos parámetros en la consola.

—Es rápida para morir —respondí—. Confía en los sensores como si fueran la Biblia.

—Valdés quiere que esté lista para el salto real en un mes. Dice que el presupuesto del Proyecto Alfa no admite más retrasos de "entrenamiento psicológico". Quieren resultados tangibles, Helen. Quieren una base.

No respondí. El nombre de Valdés siempre me dejaba un sabor amargo. Caminé hacia mi oficina, un cubículo de vidrio y metal que se sentía demasiado pequeño para alguien que había tenido el horizonte del Mesozoico frente a sus ojos. Pero él ya estaba allí, esperándome.

Valdés estaba apoyado contra el marco de la puerta, revisando una carpeta de cuero. No llevaba su uniforme oficial, sino una chaqueta de lana que lo hacía parecer un ciudadano modelo, una fachada que solo lograba que mis músculos se tensaran.

—Helen. Me han dicho que hoy has vuelto a interrumpir la simulación antes de tiempo —dijo, cerrando la carpeta con un golpe seco.

—Elena no está lista. Si la mandas ahora, solo vas a recuperar un traje vacío.

—La eficiencia es una cuestión de perspectiva. Pero no he venido a hablar de simulacros. — Entró en mi oficina sin invitación y dejó la carpeta sobre mi escritorio—. Estamos actualizando los expedientes de seguridad del personal para los nuevos beneficios de salud. Seguros de vida, cobertura para familiares directos... ya sabes, burocracia necesaria.

Me senté, manteniendo la mesa como una barrera entre nosotros. —Mis padres ya están en el sistema. Y mi hermano Mateo también.

Valdés asintió, pero no se fue. Sacó una fotografía de la carpeta y la deslizó sobre la mesa. No era un archivo oficial. Era una foto de Mateo en el parque, tomada hace apenas un par de días. Estaba sentado en un banco, leyendo un libro sobre fósiles, ajeno a la cámara que lo vigilaba.

Sentí un tirón en la cicatriz del abdomen. Una punzada física que me obligó a enderezar la espalda.

—Un chico estupendo —dijo Valdés, observando la foto—. Quince años es una edad complicada. Estaba revisando el historial médico de tu familia... para la póliza. Es curioso, Helen. Los registros de tu hermano fallecido, el mayor, tienen una cronología algo... particular.

Mantuve la respiración bloqueada en los pulmones. No moví un solo dedo. No quería darle el placer de ver mi pulso acelerarse en el cuello.

—Mateo es mi hermano —dije. Mi voz no tembló, pero sonó plana, como si estuviera leyendo una lista de suministros.

Valdés se inclinó un poco hacia adelante, apoyando los dedos en el borde de mi mesa. —Por supuesto. Un hermano menor que nació justo cuando la familia más lo necesitaba. Es admirable cómo tus padres lograron mantener la unidad después de perder a un hijo. —Hizo una pausa, dejando que el silencio de la oficina se volviera pesado—. Solo que los auditores de seguridad nacional son gente muy aburrida, Helen. Les encantan los certificados de nacimiento y las fechas de adopción. Dicen que hay "inconsistencias" en los registros que podrían comprometer las autorizaciones de seguridad de la familia.

—¿Estás amenazando la seguridad de un niño por una auditoría de seguros? —pregunté, bajando el tono de voz.

Valdés sonrió, una curva leve que no le llegó a los ojos. —Al contrario. Quiero protegerlo. Pero para que yo pueda archivar esas inconsistencias en un cajón donde nadie las encuentre, necesito que el Proyecto Alfa sea un éxito impecable. Necesito que dejes de ser el freno de mano de Elena y empieces a ser su motor.

Se levantó y guardó la foto en su bolsillo con una lentitud deliberada. —Piénsalo, Helen. Mateo cree que su hermana mayor trabaja en un aburrido laboratorio de geología. Sería una

crueledad que descubriera que su mundo es mucho más complicado... y mucho más frágil de lo que él piensa.

Se dio la vuelta y salió de la oficina sin decir nada más. Me quedé sola, escuchando el zumbido de la ventilación. Miré mis manos sobre la mesa; estaban quietas, pero por dentro sentía que el suelo se estaba abriendo. El depredador ya no estaba en el pasado. Estaba en la planta de arriba, moviendo carpetas, y yo acababa de entender que mi cicatriz no era la herida más profunda que tenía.

Capítulo 2. La inercia del silencio

El zumbido de los servidores en el Ala 4 es un ruido blanco que nunca se apaga. Es una frecuencia constante, diseñada para ser ignorada, pero que se te mete en las sienes hasta que olvidas cómo suena el silencio de verdad. Me quedé en la puerta de mi oficina, mirando el espacio que Valdés había ocupado segundos antes. El aire todavía conservaba una nota de su perfume, algo cítrico y artificial que no lograba enmascarar el olor a metal ionizado del laboratorio.

Mis dedos seguían apoyados en el borde de la mesa. Estaban rígidos. La piel de mis nudillos se veía blanca, sin riego sanguíneo. Me obligué a soltar la madera y mis manos cayeron a los costados como dos pesos muertos.

—¿Helen?

La voz de Elena me llegó desde el pasillo. Estaba apoyada contra la pared, con el mono de entrenamiento desabrochado hasta la cintura, dejando ver una camiseta técnica empapada en sudor. Tenía esa mirada desafiante, la de quien cree que el tiempo es un recurso que se puede malgastar.

—La sesión ha terminado, Elena. Vete a las duchas —dije, sin mirarla.

—No me has dado el feedback del segundo cuadrante. Estaba haciendo una transición de peso perfecta cuando cortaste la señal. El simulador registró una pérdida de inercia, no un ataque.

Me giré lentamente. La luz del pasillo, blanca y clínica, resaltaba las ojeras que ella todavía no tenía. Elena tenía esa piel lisa, sin las marcas de sol y estrés que el proyecto nos había regalado a los veteranos.

—La transición de peso no sirve de nada si el suelo bajo tus pies no es sólido —respondí, mi voz sonaba más cansada de lo que pretendía—. Había un rastro de humedad en la base del tronco. En el Cretácico, eso significa una madriguera de insectos de medio metro o una filtración de gas metano. Si hubieras pisado allí con tu "transición perfecta", te habrías roto la pierna antes de que el depredador saltara sobre ti.

Elena resopló, una exhalación corta de pura arrogancia. —Iván dice que estás siendo demasiado conservadora. Que el Proyecto Alfa tiene protocolos de respuesta inmediata que tú no tenías.

—Iván diseña los protocolos desde una silla ergonómica. —Di un paso hacia ella, invadiendo su espacio personal—. El tiempo allá afuera no tiene protocolos, Elena. No tiene compasión. Y lo más importante: no tiene un botón de reinicio. Vete a duchar. Ahora.

Ella apretó la mandíbula, pero no replicó. Se dio la vuelta y sus pasos rítmicos se perdieron por el corredor. Me quedé sola otra vez. El peso de la carpeta de Valdés parecía seguir sobre mi escritorio, aunque él se la hubiera llevado.

Caminé hacia la cafetería. No tenía hambre, pero necesitaba ver a alguien que no fuera una sombra o un político. Encontré a Iván en una de las mesas del fondo, rodeado de diagramas

de flujo y cables pelados. Estaba tratando de reparar un sensor de proximidad manual, uno de esos modelos viejos que Salazar prefería sobre las versiones digitales nuevas.

Me senté frente a él sin pedir permiso. Iván levantó la vista; sus ojos estaban rojos por la falta de sueño y la luz azul de las pantallas.

—¿Valdés ha estado merodeando? —preguntó, dejando el soldador sobre una base de cerámica.

—Ha estado "actualizando archivos" —dije, usando sus mismas palabras. El café de la máquina sabía a cartón quemado—. Dice que la Fase 2 necesita una auditoría de seguridad familiar.

Iván se detuvo. Sus manos, siempre inquietas, se quedaron quietas sobre el sensor. No era tonto. Sabía que en este lugar, la palabra "seguridad" era un eufemismo para "control".

—Se están moviendo rápido, Helen. Salazar está perdiendo terreno en el Comité. Valdés ha traído a su propio equipo de analistas y están revisando todo: desde el consumo eléctrico de nuestras casas hasta los registros de nacimiento. Dicen que es por la "integridad del activo".

—Mateo no es un activo —dije, sintiendo cómo el estómago se me cerraba de nuevo.

—Para ellos, cualquier cosa que te haga dudar o que te haga vulnerable es un activo o una amenaza. —Iván bajó la voz, inclinándose sobre la mesa—. Salazar intentó bloquear el acceso a los archivos civiles del personal, pero Valdés usó una orden de Seguridad Nacional. Tienen todo, Helen. Lo que hay en el sistema y lo que intentamos que no estuviera.

—¿Cuánto saben?

Iván suspiró y volvió a tomar el soldador, pero no lo encendió. —Saben que las fechas no cuadran. Saben que tu hermano mayor no solo murió en una carretera, sino que dejó un rastro administrativo que tus padres intentaron borrar para adoptar a Mateo. No son tontos, Helen. Han visto el expediente original.

Sentí que el aire de la cafetería se volvía denso, difícil de procesar. Miré hacia la ventana que daba al exterior, pero solo vi el reflejo del laboratorio en el cristal. Estábamos enterrados bajo toneladas de hormigón, tratando de descifrar el pasado de la Tierra mientras nuestro propio pasado nos daba caza.

El teléfono vibró en mi bolsillo. Era un mensaje de Mateo: "Hermana, ¿vas a llegar para la cena? Hice la tarea de historia sobre los volcanes. ¿Sabías que algunos pueden dormir miles de años?". Cerré los ojos un segundo, sintiendo el peso del aparato en la palma de la mano. Hermana. Mateo lo decía con la sencillez de quien ignora que el suelo que pisa está lleno de grietas. Para él, éramos los restos de una familia rota intentando mantenerse en pie; para mí, esa palabra era el recordatorio constante del secreto que mis abuelos habían enterrado bajo una adopción ilegal y papeles falsos. Valdés no veía cariño en ese mensaje; solo veía una debilidad estructural. Una palanca biológica que pensaba usar para moverme de mi sitio en cuanto tuviera la oportunidad.

—Tengo que irme —dije, levantándome de la silla.

—Helen —Iván me llamó antes de que saliera—. No dejes que Elena vea que estás distraída. Esa chica huele la debilidad como un raptor. Si siente que no tienes el control, irá directamente a Valdés para pedir que la autoricen a saltar sin tu supervisión.

Asentí en silencio. Salí del búnker por el túnel de seguridad, pasando por los tres niveles de descompresión. Cuando finalmente salí a la superficie, el sol de la tarde me golpeó en la cara. El aire de afuera era húmedo, real, cargado de los ruidos de la ciudad que seguía su curso sin saber que el tiempo tenía grietas.

Conduje hacia casa sintiendo el volante frío bajo mis manos. La cicatriz del abdomen me dio un último tirón, un aviso sordo. El depredador ya no necesitaba dientes para desgarrarme; le bastaba con un sobre sellado y una verdad que Mateo no estaba listo para escuchar.

Al llegar a casa, vi la luz de la cocina encendida. Mateo estaba allí, sentado a la mesa con sus libros abiertos. Me miró y sonrió, esa sonrisa que era el vivo retrato de mi hermano, el que no llegó a ver cómo su hijo crecía.

—Hola, Helen. Te guardé pizza —dijo, volviendo a su cuaderno.

—Gracias, enano —respondí, dándole un beso en la coronilla. El olor de su pelo, a champú barato y a hogar, me hizo querer llorar por primera vez en años—. ¿Qué tal la escuela?

—Bien. El profesor dice que tengo buena imaginación para las capas geológicas. Dice que parece que las hubiera visto de verdad.

Me quedé helada un instante, con la mano aún en su hombro. —Es solo que lees mucho, Mateo.

—Sí, supongo.

Fui al fregadero y me mojé la cara con agua fría. Miré mi reflejo en el espejo de la cocina. Tenía el rostro de alguien que estaba guardando demasiados secretos. Uno en el pasado, y otro justo aquí, sentado a la mesa. Valdés tenía razón en algo: el mundo de Mateo era pequeño y seguro. Y yo iba a tener que hacer cosas terribles para que siguiera siendo así.

Capítulo 3. El peso de la armadura

La Fase 2 no solo trajo moqueta y analistas; trajo el Mark IV. Es un traje que parece diseñado por alguien que ha visto demasiadas películas de naves espaciales y muy pocos documentales de naturaleza real. Es más ligero, sí, y tiene una aleación de cerámica que promete resistir presiones de impacto que harían puré el modelo que yo usé. Pero cuando toco la superficie fría del casco de Elena, no siento seguridad. Siento aislamiento.

Estábamos en el hangar de presurización. El aire aquí es seco, con ese sabor metálico que se te pega a la lengua y te hace desear un trago de agua tibia. Elena estaba de pie sobre la plataforma de calibración, mientras tres técnicos ajustaban los servomotores de sus piernas.

—Los sensores de presión del tobillo izquierdo están oscilando —dijo Elena, sin mover la cabeza. Su voz salía por los altavoces externos, limpia, sin el siseo de la interferencia que yo solía tener—. Iván, ajusta el torque a 0.5.

—Entendido —respondió Iván desde la consola elevada.

Me acerqué a ella. Mi mano derecha bajó por instinto a mi abdomen, rozando la tela del uniforme justo donde la cicatriz empezaba a picar. Es un tic que no puedo controlar. El cuerpo tiene memoria para el peligro, aunque la mente intente enterrarlo en procedimientos.

—Demasiado torque, Elena —dije. Mi voz sonó pequeña en el hangar, pero Iván se detuvo de inmediato—. Si el terreno es blando, el servo va a interpretar la resistencia como un obstáculo y va a intentar compensar. Te va a hundir la pierna en el barro hasta la rodilla.

Elena suspiró, un sonido que el sistema de audio convirtió en un soplido robótico. —El Mark IV tiene compensadores de succión, Helen. El manual dice que puede operar en pantanos de densidad media sin pérdida de movilidad.

—El manual no ha estado en un delta del Cretácico después de tres días de lluvia —respondí, caminando alrededor de ella—. Allá abajo, el manual es solo papel que no puedes usar para encender fuego porque el oxígeno es demasiado alto. Baja el torque, Iván.

Hubo un silencio tenso. Iván me miró, luego miró a Elena y finalmente a Salazar, que observaba desde el fondo del hangar con los brazos cruzados. Salazar asintió levemente.

—Bajando torque a 0.3 —anunció Iván.

Elena no dijo nada, pero sus hombros se tensaron bajo la placa de cerámica. Esa es la diferencia entre ella y yo. Ella cree que el equipo es una extensión de su poder; yo sé que es solo una lata de conservas que te mantiene viva un poco más de tiempo.

Después de la sesión, Salazar me hizo una señal. Fuimos a su oficina, la única que aún conservaba el olor a tabaco viejo y mapas de papel, un refugio de la era anterior a Valdés. Se sentó pesadamente en su silla de cuero y se masajeó el puente de la nariz.

—Valdés está presionando para que Elena haga una inserción de prueba —dijo sin rodeos—. Una hora. Entrada y salida en el cuadrante B.

—Es un suicidio —respondí, sentándome frente a él—. Elena no sabe leer el entorno sin los sensores. Si hay una tormenta solar o una interferencia magnética, se quedará ciega allí fuera.

Salazar levantó la vista. Sus ojos estaban inyectados en sangre. —No es una petición, Helen. Es una orden que viene de arriba. Valdés ha convencido al Comité de que tu "cautela" está costando millones en presupuesto operativo. Dice que estamos protegiendo un activo que ya debería estar produciendo datos.

—¿Y qué dice Ríos? —pregunté, buscando un aliado en la lógica.

—Ríos dice que Elena es psicológicamente apta para el riesgo. Lo cual es una forma elegante de decir que es lo suficientemente arrogante como para no tener miedo hasta que el agua le llegue al cuello.

Salazar se inclinó hacia adelante, bajando la voz. —Me han pedido que te asigne a la supervisión remota de la misión. Quieren que tu firma esté en el informe de autorización.

Sentí el frío de la oficina de Valdés regresando a mi nuca. No era una cuestión técnica. Era una trampa. Si Elena fallaba, la culpa sería mía por autorizarla. Si tenía éxito, Valdés demostraría que yo era innecesaria. Y en medio de todo, estaba Mateo.

—Valdés estuvo en mi oficina —dije, mirando las manos de Salazar—. Sabe lo del registro de Mateo. Sabe que mis padres lo adoptaron para ocultar que es hijo de mi hermano.

Salazar cerró los ojos y exhaló un suspiro largo. No pareció sorprendido. —Este lugar es un nido de ratas, Helen. En cuanto el proyecto se volvió rentable, la ética se convirtió en una nota al pie de página. Valdés no va a soltar esa presa. Lo usará para que Elena salte.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú?

—Lo que siempre hago —dijo Salazar, abriendo un cajón y sacando un sobre sellado—. Retrasar lo inevitable. Pero necesito que tú también juegues, Helen. Elena necesita ese salto para entender que no es una diosa. Y tú necesitas que Valdés crea que tiene el control.

Salí de la oficina de Salazar con el sobre en la mano. Eran las coordenadas del salto de prueba. Al llegar a mi casa esa noche, el ambiente era diferente. Mateo estaba en la sala, con los auriculares puestos, moviendo la cabeza al ritmo de una música que yo no entendía. Tenía quince años y ese aire de invencibilidad que solo tienen los que creen que sus padres (o quienes ellos creen que son sus padres) son eternos.

Me senté en el sofá a su lado. Se quitó los auriculares y me sonrió. —Hola, Helen. Pareces cansada. ¿Muchos fósiles hoy?

—Muchos fósiles, Mateo —dije, pasándole la mano por el pelo castaño. Se parecía tanto a mi hermano que a veces me dolía mirarlo—. Oye... ¿alguna vez has pensado en nuestros padres? En cómo eran antes de que tú nacieras.

Mateo frunció el ceño, divertido. —Pues normales, supongo. ¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé. Solo pensaba en lo mucho que nos han cuidado. En lo que uno es capaz de hacer por la familia.

Mateo se encogió de hombros con la sencillez de su edad. —Pues sí. Son los mejores. Y tú también, aunque seas una aburrida de las piedras.

Se volvió a poner los auriculares y yo me quedé allí, sentada en el silencio de la sala, con el peso del sobre en mi mochila y la sombra de Valdés oscureciendo el pasillo de mi propia casa. Mateo no sabía que su vida entera era un equilibrio precario, y que yo estaba a punto de autorizar una misión suicida solo para que un hombre con traje no le dijera que su hermana era, en realidad, la guardiana de su tragedia.

Mañana, Elena se pondría la armadura de cerámica. Y yo tendría que decidir cuánto de mi integridad estaba dispuesta a sacrificar para que Mateo pudiera seguir escuchando su música sin saber que el pasado estaba llamando a la puerta.

Capítulo 4. La frecuencia del impacto

La vibración no empezó en las máquinas, empezó en la base de mi cráneo. Es un zumbido de baja frecuencia que solo notas cuando el sistema de enfriamiento del condensador de partículas llega al 90%. En el hangar de salto, el aire se vuelve metálico, cargado de una electricidad estática que hace que el vello de los brazos se erice bajo el uniforme.

Elena estaba dentro de la campana de inducción. El Mark IV brillaba bajo los focos LED, una cáscara blanca y gris que la hacía parecer tres veces más grande de lo que era. A través del cristal de su casco, solo veía el brillo de las pantallas internas reflejado en sus ojos. Ella no me miraba; miraba sus datos.

—Presión de cabina estable. Anclaje temporal sincronizado al 0.04 —la voz de Iván resonaba por los altavoces con una frialdad técnica que me ponía enferma.

Me acerqué a la consola de supervisión. Mi mano tembló un segundo antes de tocar la pantalla táctil. Ahí estaba el cuadro de diálogo, esperando mi firma biométrica. Autorización de salto: Prueba de inserción Beta-1. Miré hacia la sala de observación. Valdés estaba allí, de pie, con las manos entrelazadas a la espalda. No se movía. Era una silueta oscura contra el resplandor de los monitores, un buitre esperando a ver si el cadáver que estaba a punto de caer era el mío o el de Elena. En su bolsillo, yo sabía que seguía la foto de Mateo.

—Helen, firma —dijo Salazar por el canal privado. Su voz era un susurro cansado—. El Comité está monitorizando la red en tiempo real. No les des una razón para intervenir antes de tiempo.

Presioné el sensor. Mi huella dactilar quedó grabada en el sistema. La luz del hangar cambió de blanco a un ámbar pulsante.

—Autorización recibida —anunció la voz sintética del complejo—. Iniciando secuencia de salto en T-minus sesenta segundos.

—Elena, escúchame —dije, acercándome al intercomunicador—. En cuanto el suelo desaparezca, vas a sentir una presión en el esternón. Es el Mark IV compensando la inercia. No intentes respirar profundo hasta que el estabilizador se ponga en azul, o te vas a hiperventilar antes de llegar.

—Recibido, Helen. Estoy lista —respondió ella. Había una nota de excitación en su voz, esa arrogancia peligrosa del que cree que la tecnología es un escudo divino.

—No estás lista —susurré para mí misma, alejándome de la plataforma.

El ruido subió de tono. El suelo de hormigón empezó a transmitir una vibración rítmica, un martilleo que sentía en las rodillas. Las luces del hangar parpadearon. El aire olía a ozono quemado, un aroma que me devolvió de golpe al momento en que el triceratops me golpeó. Mi abdomen dio un vuelco.

—Treinta segundos.

Iván movía las manos sobre el teclado con una velocidad frenética. —Tenemos una fluctuación en el núcleo tres. El flujo magnético está oscilando entre los doce y los quince teslas.

—Es el blindaje de Elena —dije, asomándome sobre su hombro—. El Mark IV está absorbiendo demasiada energía estática antes del salto. Va a salir disparada como una bala de cañón.

—Valdés dice que procedamos —dijo Iván, señalando su pantalla de órdenes secundaria—. Dice que el sistema de compensación del traje puede absorber hasta veinte teslas.

—¡El sistema no ha sido probado con un cuerpo humano dentro! —le grité, pero mi voz se perdió en el estruendo.

—Diez segundos.

Elena cerró los puños. Vi cómo los servomotores de sus brazos se bloqueaban en posición de impacto. La campana de inducción empezó a brillar con un blanco cegador. El espacio alrededor de la plataforma pareció curvarse, como si el aire se estuviera volviendo líquido.

—Cinco. Cuatro. Tres...

Me aferré al borde de la consola. El dolor de mi cicatriz estalló, una punzada de fuego que me hizo doblarme un poco.

—Dos. Uno.

No hubo un estallido de luz, hubo un vacío súbito. El sonido desapareció por completo durante un milisegundo, un silencio absoluto que dolió más que el ruido anterior. Y luego, una onda de choque de aire frío nos golpeó la cara.

La plataforma estaba vacía. Elena ya no estaba.

En la pantalla de monitoreo, el pulso de Elena desapareció durante tres segundos eternos. El ruido de los servidores bajó a un ronroneo suave. Me quedé mirando el espacio vacío donde antes estaba la chica, con los pulmones ardiendo y el corazón golpeando mis costillas como un animal enjaulado.

—¿Señal? —preguntó Salazar, entrando en la sala de control.

Iván buscó frenéticamente entre las frecuencias de radio. La estática llenó el hangar.

—Nada. La interferencia magnética del Mark IV es demasiado alta. No tengo retorno de audio.

—Busca los biométricos —ordené, empujando a Iván a un lado—. El traje tiene una baliza de pulso redundante. Si el corazón de Elena late, el traje lo emite.

Apareció un punto rojo en el mapa topográfico del Cretácico. Estaba parpadeando. Débil, pero rítmico.

—Está ahí —dijo Iván, exhalando—. Cuadrante B. A ochocientos metros del punto de inserción previsto. Se ha desviado por el exceso de energía.

Miré la pantalla. Elena estaba viva, pero estaba lejos de la cápsula de retorno. Y en el mapa, justo al borde de su rango de visión virtual, había una mancha de calor que no pertenecía a la vegetación. Una mancha que se movía rápido.

—Valdés —dije, mirando hacia la sala de observación. Él ya no estaba allí. Había bajado al hangar y caminaba hacia nosotros con una calma que me dio asco.

—Misión iniciada con éxito —dijo él, mirando el monitor—. Ahora, Helen, veamos si tu alumna sabe cómo justificar mi inversión.

Me puse el auricular. Mi mano ya no temblaba; estaba fría como el hielo. —Elena, si me oyes, no te muevas. Tienes algo en tu flanco izquierdo. Y el Mark IV acaba de encenderte como una bombilla en medio de la noche.

En la pantalla, el punto rojo de Elena empezó a moverse. Estaba corriendo. El error había comenzado.

Capítulo 5. La escala de la presa

El audio llegó primero. No eran palabras, sino el siseo violento del aire entrando en los pulmones de Elena y el golpeteo rítmico de las botas del Mark IV contra el suelo blando. Era un sonido pesado, metálico, que me devolvió la imagen de una pala golpeando el barro.

—Elena, detente —dije, y mi voz sonó como un latigazo en la sala de control—. Si corres, activas el instinto de persecución. Quédate quieta y apaga el emisor de calor del traje.

—¡Está demasiado cerca, Helen! —gritó ella. Su voz estaba rota por la estática y el miedo—. El radar no lo detecta bien, aparece y desaparece tras los árboles. ¡Es enorme!

Iván tecleaba con una violencia desesperada. —El blindaje del Mark IV está interfiriendo con el sonar de proximidad. No puede ver a través de la vegetación densa. Solo tenemos la firma de calor... y es masiva, Helen. Se está moviendo a cuarenta kilómetros por hora.

Miré la pantalla. El punto rojo de Elena zigzagueaba por el cuadrante B, alejándose de los árboles ginkgo. Detrás de ella, la mancha de calor no parpadeaba; era un bloque sólido de energía que se desplazaba con una eficiencia que Elena no tenía.

—No puedes ganarle en velocidad —sentencié, apretando el auricular contra mi oreja—. Escúchame: el Mark IV tiene un sistema de purga de nitrógeno. Si lo activas ahora, crearás una nube fría. Te perderá el rastro térmico durante diez segundos. Es tu única oportunidad para esconderte bajo un tronco.

—¡No puedo parar! —el llanto de Elena empezó a filtrarse por el audio—. Si paro, me alcanza. ¡Siento el suelo vibrar, Helen! ¡Está justo detrás!

Sentí un pinchazo en el estómago. No era empatía; era el recuerdo físico del Triceratops. La Vibración del suelo, el peso del mundo moviéndose hacia ti. Miré hacia la plataforma vacía. Del hangar y luego hacia la sala de observación. Valdés estaba pegado al cristal, con los dedos entrelazados. Su rostro no mostraba preocupación, sino una curiosidad analítica. Para él, esto seguía siendo una prueba de producto.

—Iván, dame el visual del visor de Elena —ordené.

—Cargando... La señal es débil.

La pantalla principal se llenó de ruido gris y luego de una imagen distorsionada. El mundo de hace sesenta millones de años pasó volando: troncos desenfocados, helechos que restallaban contra el visor de Elena, barro saltando. El estabilizador de imagen del traje luchaba por mantener el horizonte recto, pero el bamboleo era violento.

Entonces, Elena giró la cabeza un milisegundo.

La cámara captó una forma oscura. No era una masa informe. Vi los músculos tensándose bajo una piel que parecía cuero mojado, el destello de un ojo que no reflejaba la luz, sino que la absorbía, y una mandíbula que se abría mostrando una hilera de dientes diseñados para desgarrar sin esfuerzo. No era un raptor. Era algo de la familia de los abelisáuridos. Un corredor.

—¡Purga el nitrógeno, Elena! ¡Ahora! —le grité.

Se escuchó un estruendo metálico, un clank que resonó en todo el hangar. En la pantalla, una nube blanca envolvió la visión de Elena. Su firma de calor desapareció del mapa táctico.

—¡Me he caído! —el audio de Elena era puro pánico ahora—. El servo de la pierna derecha... se ha bloqueado. Helen, no me puedo mover.

—No respires —susurré, inclinándome sobre el monitor—. Apaga el audio externo. No hagas ni un solo ruido.

El silencio que siguió fue peor que los gritos. Solo escuchábamos la estática del canal y el latido del corazón de Elena, captado por los sensores del pecho. Bum-bum. Bum-bum. Estaba a 170 pulsaciones por minuto.

En la pantalla del visual, Elena estaba en el suelo, mirando hacia arriba. A través de la nube de nitrógeno que se disipaba lentamente, una sombra gigante empezó a materializarse. No emitía rugidos cinematográficos. Emitía un chasquido gutural, profundo, un sonido de baja frecuencia que hizo que los vasos de agua en la sala de control vibraran.

El animal metió el hocico en la nube fría. Vimos las fosas nasales dilatarse, expulsando un vaho caliente que empañó el visor de Elena. Estaba a menos de un metro.

—Si el traje no falla ahora, eres una roca para él —dijo Salazar desde atrás, con una voz que sonaba a tumba.

Vimos cómo la mandíbula del depredador se acercaba al casco de Elena. El sensor de presión del Mark IV empezó a pitar en rojo. El animal estaba apoyando su peso sobre el pecho de la chica, tratando de entender qué era esa cosa fría y dura que olía a químicos y a miedo.

—El blindaje está cediendo —susurró Iván, con los ojos fijos en los niveles de integridad—. El pecho de Elena está bajo una presión de cuatrocientas libras.

—No actives el retorno todavía —dije, agarrando el brazo de Iván—. Si lo haces ahora, la masa del animal entrará en el campo de anclaje. Nos traeremos la mitad de su cabeza al hangar y Elena quedará aplastada por el resto.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Iván, con la voz quebrada.

—Esperar.

El tiempo se volvió líquido. En la pantalla, el ojo del depredador pasó frente a la cámara. Era una esfera oscura, sin pupila visible, un abismo biológico que llevaba millones de años perfeccionándose. Elena no se movía. Su pulso empezó a bajar, no por calma, sino por el inicio de un shock hipóxico. El traje le estaba apretando los pulmones.

De repente, el animal dio un paso atrás. Lanzó un chasquido al aire, giró sobre sus patas poderosas y se alejó con un trote ligero, perdiéndose entre los helechos. Había decidido que la "roca" de cerámica blanca no valía el esfuerzo de sus dientes.

Elena soltó un sollozo largo y desgarrador por el audio.

—Activa el retorno, Iván —ordené.

—Iniciando secuencia. T-minus diez segundos.

Miré a Valdés. Él asintió levemente, como si acabara de aprobar una transacción bancaria exitosa. No le importaba el pánico de Elena; le importaba que el Mark IV hubiera resistido la presión del hocico de un depredador.

El hangar volvió a vibrar. El aire se cargó de ozono. El vacío súbito, el silencio de un milisegundo, y luego el golpe seco del metal contra el hormigón.

Elena estaba de vuelta. Cayó de rodillas sobre la plataforma, el traje blanco cubierto de barro negro y una abolladura profunda en la placa del pecho. Se arrancó el casco con las manos temblorosas y vomitó sobre el suelo inmaculado del complejo.

Me acerqué a ella, pero no para abrazarla. Me quedé a dos metros, mirándola con la frialdad de quien sabe que esto no ha terminado.

—Bienvenida al mundo real, Elena —le dije.

Ella me miró con ojos inyectados en sangre, tiritando de terror y rabia. Valdés se acercó, caminando despacio, y se detuvo a mi lado. Se inclinó hacia Elena, pero sus palabras eran para mí.

—Excelente demostración de los protocolos de emergencia, Helen. Creo que después de esto, el Comité estará muy satisfecho con tu mentoría. Y Mateo... bueno, Mateo estará orgulloso de tener una hermana tan eficiente.

Se dio la vuelta y salió del hangar. Me quedé allí, con el olor al vómito de Elena y al pasado húmedo llenando mis pulmones, sabiendo que Valdés acababa de ganar la primera batalla de una guerra que yo no podía permitirme perder.

Capítulo 6. El peso de las sombras compartidas

El ala médica del complejo no tiene ventanas. Es un espacio diseñado para que el tiempo no exista, iluminado por una luz blanca, constante y quirúrgica que hace que todo parezca un plano inclinado hacia el olvido. El olor es siempre el mismo: alcohol isopropílico, sábanas lavadas con cloro y el zumbido eléctrico de los monitores de signos vitales.

Elena estaba tumbada en la camilla de observación. Ya no era la guerrera de cerámica del Proyecto Alfa; era solo una chica de veintidós años que se veía pequeña bajo la manta térmica de color plateado. Le habían quitado el Mark IV con cizallas hidráulicas porque los cierres del pecho se habían deformado bajo la presión del animal. El traje, que costaba más que un edificio, ahora era un montón de chatarra en una bolsa de residuos biológicos.

Me senté en la silla metálica a su lado. Mis rodillas crujieron, un recordatorio de que mi propio cuerpo todavía guardaba el eco de su caída. Elena no me miraba. Tenía los ojos fijos en el goteo del suero, siguiendo el ritmo de cada burbuja de aire que subía por el tubo plástico.

—No me digas que me lo advertiste —dijo ella. Su voz era un hilo, áspera, como si todavía tuviera el nitrógeno quemándole la garganta.

—No venía a decirte eso —respondí. Mi mano fue de forma instintiva a mi abdomen, acariciando la tela de mi chaqueta sobre la cicatriz—. Venía a ver si tus costillas seguían en su sitio.

Elena soltó una risa seca que terminó en una mueca de dolor. Se llevó la mano al costado. —El médico dice que solo son fisuras. El blindaje absorbió casi todo. Pero... —Se quedó callada, y por primera vez, sus ojos se encontraron con los míos. Ya no había arrogancia. Había un vacío aterrador—. Helen, el ojo. Lo vi. Estaba tan cerca que podía ver mi propio reflejo en su pupila. No me vio como a una persona. Ni siquiera como a una amenaza.

—Te vio como a una piedra que olía raro —completé, bajando la voz—. Es el golpe más duro, ¿verdad? Entender que para el pasado no eres nadie.

Elena asintió lentamente y una lágrima solitaria le resbaló por la sien, perdiéndose en el pelo húmedo. El silencio que siguió no fue incómodo; fue el silencio de los que han cruzado la misma frontera y han vuelto para contarlo. En ese momento, Elena dejó de ser mi competencia o mi alumna. Era un espejo de mi propia fragilidad.

La puerta se abrió suavemente e Iván entró arrastrando los pies. Llevaba tres tazas de café en un soporte de cartón y se veía como si lo hubieran atropellado. Se sentó en el borde de la otra cama vacía y nos tendió el café sin decir nada. El vapor subía entre nosotros, un aroma terrenal en medio de tanta asepsia.

—Salazar está en el nivel tres, peleando con Valdés —dijo Iván después de un sorbo largo—. Valdés quiere los datos del encuentro. Dice que el comportamiento del depredador ante la purga de nitrógeno es un "descubrimiento estratégico invaluable".

—Es un imbécil —susurró Elena, cerrando los ojos.

—Es un político, que es casi lo mismo —añadió Iván, mirando a Elena con una ternura que rara vez mostraba—. Escucha, Elena... el traje falló, pero tú no. Hiciste lo que Helen te dijo. Te quedaste quieta. Muchos se habrían levantado a correr y ahora estaríamos recogiendo piezas.

Elena no contestó, pero vi cómo sus dedos se aferraban a la manta plateada. Iván y yo intercambiamos una mirada. Éramos un trío roto en un sótano de alta tecnología. Iván, el cerebro que intentaba que la física no nos matara; Elena, la carne que servía de prueba; y yo, el puente entre dos mundos que nunca debieron tocarse.

—¿Por qué lo hacemos, Helen? —preguntó Iván, rompiendo la calma—. Antes de que Valdés metiera las manos, parecía que buscábamos respuestas. Ahora... solo parece que estamos alimentando a una bestia que nunca se llena.

Pensé en Mateo. Pensé en él sentado a la mesa de la cocina, preguntando por volcanes y rocas, creyendo que su vida era una línea recta y clara. Pensé en la foto que Valdés guardaba en su bolsillo, un arma cargada apuntando al corazón de mi casa.

—Lo hacemos porque ya no sabemos cómo parar —dije, sintiendo el calor de la taza entre mis manos—. Porque si nos soltamos ahora, la inercia nos va a aplastar.

Ríos entró unos minutos después. No traía carpetas ni tabletas. Se apoyó en la pared, cerca de la cama de Elena, y nos observó a los tres con esa paciencia de psicólogo que a veces me daban ganas de golpear.

—El trauma no es el animal, Elena —dijo Ríos con suavidad—. El trauma es el regreso. El cerebro no sabe cómo procesar que hace diez minutos estabas en el Cretácico y ahora estás bebiendo un café de máquina en un hospital subterráneo. Esa disonancia es lo que te va a doler mañana.

—Me duele hoy, Ríos —respondió Elena, girando la cabeza hacia la pared.

Ríos se acercó a mí y me puso una mano en el hombro. —Helen, Salazar quiere verte en diez minutos. Valdés ha empezado a mover los hilos de la "investigación de incidentes". Quieren evaluar tu responsabilidad en la desviación del punto de salto.

Sentí una punzada de rabia fría. —Yo no programé el torque, ni el blindaje magnético.

—Ellos no buscan la verdad, buscan un responsable —dijo Ríos—. Cuida tus flancos.

Me levanté, dejando la taza vacía sobre la mesilla. Antes de salir, miré a Elena. Se había quedado medio dormida, o quizás solo fingía para no tener que hablar más. Iván se quedó allí, limpiando sus gafas con el borde de su bata, custodiándola como un guardián cansado.

Caminé por los pasillos hacia la oficina de Salazar. En cada esquina veía técnicos nuevos, caras que no conocía, gente que veía el Proyecto Alfa como una oportunidad de ascenso y no como una herida en la realidad. El complejo se sentía cada vez más ajeno, más peligroso.

Al llegar al ascensor, el espejo de metal me devolvió mi imagen. Tenía ojeras profundas y el rostro de alguien que estaba perdiendo una guerra de desgaste. Recordé las palabras de Valdés sobre Mateo. "Una familia perfecta reconstruida sobre una mentira piadosa".

En ese momento entendí algo que no me habían enseñado en los entrenamientos: la supervivencia en el pasado era fácil porque las reglas eran claras. Había hambre, había fuerza y había muerte. Pero aquí, en el presente, las reglas las escribían hombres con trajes caros en despachos con luz cálida, y las armas no eran dientes, sino silencios y verdades a medias.

Entré en el ascensor. Mientras bajaba al nivel tres, cerré los ojos y, por un segundo, pude oler el barro húmedo y el aire denso del Cretácico. Y por primera vez en siete meses, no sentí miedo. Sentí nostalgia. Porque allí fuera, al menos, sabía exactamente quién intentaba matarme.

Capítulo 7. La anatomía de una colisión

El Nivel 3 no tiene el rugido de las turbinas ni el olor metálico del hangar. Aquí, el aire es reciclado, seco y frío, con un sutil aroma a papel nuevo y productos de limpieza caros. Mis botas, todavía con restos de la humedad del Ala Médica, dejaron una marca opaca sobre la moqueta gris mientras caminaba hacia la sala de juntas.

Sentí el tirón de la cicatriz. No era un dolor punzante, sino una advertencia sorda, como si el tejido supiera que estaba entrando en un territorio donde los depredadores no tenían escamas, sino corbatas de seda.

Me detuve frente a la puerta de vidrio esmerilado. Podía ver las siluetas dentro: Salazar, rígido como una estatua; Valdés, moviéndose con esa elegancia depredadora; y un par de sombras más que representaban al Comité. Antes de entrar, me froté las manos. Estaban heladas. El frío del búnker se me estaba metiendo en los huesos, o quizás era el frío de saber que la vida de Mateo estaba sobre esa mesa, aunque nadie pronunciara su nombre todavía.

Entré. Las luces estaban atenuadas, excepto por la enorme pantalla de la pared frontal. Allí, en una resolución insultante, estaba el rostro de Elena dentro del casco. La imagen estaba congelada en el momento exacto en que el animal metió el hocico en la nube de nitrógeno. El terror en los ojos de la chica era tan real que me revolvió el estómago.

—Ah, Helen. Justo a tiempo para el análisis de rendimiento —dijo Valdés sin levantarse. Tenía una taza de porcelana entre las manos y el vapor subía perezosamente, enturbiando su reflejo en la mesa de cristal.

—No es un análisis de rendimiento, Valdés —respondí, ignorando la silla que Salazar me señalaba—. Es un informe de daños. Elena tiene suerte de estar viva.

Valdés soltó una risa nasal, corta, carente de cualquier rastro de humor. —La suerte es una variable que no contemplamos en el Proyecto Alfa. Lo que vemos aquí —señaló la pantalla— es una prueba de estrés superada. El Mark IV resistió una presión de cuatrocientas libras por pulgada cuadrada sin colapsar. La unidad de purga de nitrógeno funcionó como elemento de distracción térmica. Los datos biológicos que hemos extraído sobre la curiosidad sensorial de un abelisáurido valen cada centavo de la reparación del traje.

—La "unidad" tiene nombre —dije, dando un paso hacia la mesa. Mis nudillos golpearon la superficie de cristal con un sonido seco—. Se llama Elena. Y está en el Nivel 2 con un shock postraumático y las costillas gritando cada vez que intenta inhalar.

Salazar intervino, su voz era un muro de piedra entre nosotros. —Helen tiene razón. La desviación del punto de anclaje de ochocientos metros fue un fallo crítico. Si Elena hubiera caído en el agua o en medio de un nido, no estaríamos discutiendo datos, estaríamos enviando una caja vacía a su familia.

Valdés dejó la taza sobre la mesa. El clic de la porcelana contra el vidrio sonó como un disparo en el silencio de la sala. Se giró hacia mí, ladeando la cabeza.

—Familias. Siempre terminamos hablando de familias, ¿verdad, Helen? —Su mirada bajó un segundo, como si recordara la foto en su bolsillo—. El Comité está preocupado por la estabilidad del proyecto. Si los instructores no pueden garantizar la sangre fría de los activos, quizás el problema no sea el activo, sino el instructor.

Sentí un vacío súbito en el estómago. Era el mismo vértigo que sentía justo antes de un salto.

—He seguido cada protocolo —dije, manteniendo la voz baja, anclada—. Advertí sobre el blindaje magnético. Advertí sobre el torque. Si Elena sobrevivió, fue porque escuchó mis órdenes, no porque tu traje fuera perfecto.

Valdés se levantó lentamente. Se ajustó los puños de la camisa con una parsimonia irritante y caminó hacia la pantalla, quedando envuelto por la luz azulada del video congelado de Elena.

—Lo que el Comité ve es que tu "cautela" casi nos cuesta la misión por falta de iniciativa. Dicen que si hubieras permitido que Elena mantuviera la velocidad, habría llegado a la cápsula antes del encuentro. Dicen que tu miedo está contaminando el entrenamiento.

—Mi miedo es lo único que mantiene a esa gente viva allá abajo —respondí.

—Quizás. Pero el miedo también te vuelve descuidada aquí arriba. —Valdés se giró. La luz de la pantalla hacía que sus ojos parecieran dos cuencas oscuras—. Estaba revisando los nuevos contratos de confidencialidad que debemos firmar para la Fase 2. Incluyen una cláusula de "transparencia de antecedentes familiares". Ya sabes, para evitar chantajes externos o... inconsistencias biológicas que puedan usarse contra el Estado.

Miré a Salazar. Él desvió la vista hacia sus informes. Estaba acorralado por la burocracia, igual que yo.

—¿Qué quieres, Valdés? —pregunté. No había rabia ahora, solo una fatiga inmensa.

—Quiero que firmes el informe de aptitud de Elena para el salto del lunes. —Caminó hacia mí hasta que pude oler el aroma a sándalo de su loción—. Quiero que valides la instalación del sensor de profundidad en el nido. Y a cambio, yo me encargaré de que la auditoría de seguridad social sobre Mateo se pierda en el sistema. Nadie tiene por qué saber que su "hermana" es una fuente de inconsistencias legales. Él podrá seguir con sus libros de geología y tú podrás seguir siendo su heroína.

La sala se quedó en silencio. Solo se oía el zumbido de la ventilación, un ruido que de repente me pareció insoportable, como si miles de insectos estuvieran atrapados en las paredes. Miré la imagen de Elena en la pantalla. Estaba atrapada bajo el hocico de un monstruo, igual que yo lo estaba ahora bajo la sonrisa de Valdés.

—Ella no está lista —susurré.

—Tú harás que lo esté —respondió él, volviendo a su silla—. Tienes tres días para que Elena deje de temblar y empiece a actuar como la inversión que es. De lo contrario, los archivos de Mateo saldrán de mi despacho esta misma tarde. Y ambos sabemos que el chico no tiene tu resistencia al impacto, Helen. Una verdad así lo desintegraría.

Salí de la sala de juntas sin mirar a Salazar. El pasillo se sentía más largo, las luces más blancas. Mis manos ya no estaban heladas; estaban entumecidas.

Caminé de vuelta al Ala Médica. No fui a mi cuarto. Necesitaba ver a Elena. Necesitaba ver a la persona que iba a sacrificar para salvar la mentira que mantenía a Mateo a salvo. Al llegar a su puerta, me detuve. Elena estaba despierta, mirando por la pequeña mirilla de cristal hacia el pasillo. Nuestras miradas se cruzaron. En sus ojos vi el rastro de la bestia, y en los míos, ella debió ver algo mucho peor: la sombra de la traición que estaba a punto de cometer.

Capítulo 8. La arquitectura de la mentira

El segundero del reloj de la cocina tiene un sonido mecánico, un clac rítmico que parece perforar el silencio de la casa. Me quedé mirando mi plato de sopa fría. El vapor se había ido hace rato, dejando una película blanquecina en la superficie. Frente a mí, Mateo devoraba un sándwich mientras garabateaba esquemas de placas tectónicas en su cuaderno.

Le observé la línea de la mandíbula. Era idéntica a la de mi hermano. Tenía esa misma forma de arrugar el entrecejo cuando se concentraba, una herencia genética que no necesitaba de ningún papel sellado para confirmarse.

—Helen, ¿estás bien? —Mateo levantó la vista. Tenía una mancha de mostaza en la comisura de los labios—. Has estado mirando esa sopa como si fuera a decirte los números de la lotería.

—Solo estoy cansada, enano —dije. Mi voz sonó demasiado hueca en mis propios oídos.

Me picaba la garganta. Tenía las palabras ahí, agolpadas, quemando. Quería decirle: «Mateo, tus padres no son los abuelos. Tus padres murieron en una curva cerrada cuando el asfalto estaba demasiado húmedo. Tu padre era mi hermano, y yo estaba en el asiento de atrás cuando el mundo dejó de tener sentido». Quería soltarlo todo para quitarle a Valdés el cuchillo que tenía apoyado en mi nuca.

Pero vi cómo Mateo se reía de algo que leía en su libro y el impulso se me murió en el pecho. No puedes reconstruir un edificio después de haberle dinamitado los cimientos. Mateo era feliz porque su historia era simple. Si le contaba la verdad, su presente dejaría de ser sólido. Se volvería barro, igual que el mío.

—Mañana tengo que entrar temprano —añadí, apartando el plato—. El proyecto está en una fase crítica.

—Ten cuidado —dijo él, volviendo a sus dibujos—. No quiero que te vuelva a pasar lo del "accidente de laboratorio". La cicatriz ya es suficiente.

Me levanté sin responder. El "accidente de laboratorio". Otra mentira más en una casa construida con ellas.

Al día siguiente, el aire del complejo se sentía más pesado, como si la presión atmosférica hubiera subido solo para aplastarme. Fui directamente al ala de entrenamiento, pero Elena no estaba en el simulador. La encontré en el vestuario de los saltadores, sentada en un banco de metal, rodeada por las piezas abiertas del Mark IV.

Ya no tenía la manta térmica, pero su piel seguía teniendo ese matiz grisáceo de los que han visto el vacío. Se estaba vendando las costillas con una mano temblorosa. El olor a pomada analgésica y a sudor frío lo llenaba todo.

—Valdés ya tiene el informe de aptitud en su mesa —dijo ella sin mirarme. El sonido de la venda estirándose era lo único que rompía el zumbido de la ventilación—. Dice que tú vas a firmarlo esta tarde.

—No debería hacerlo —respondí, apoyándome en la taquilla fría—. No puedes ni abrocharte las botas sola, Elena. El sensor de profundidad en el nido requiere agilidad, no solo blindaje.

Elena soltó la venda y se giró hacia mí. Sus ojos estaban inyectados en sangre, pero no por el cansancio, sino por una rabia desesperada. Se puso de pie con esfuerzo, una mano apretando su costado.

—No voy a ir sola, Helen.

Me quedé inmóvil. El tirón de mi cicatriz fue instantáneo. —¿De qué estás hablando? El protocolo Alfa es de una sola unidad para minimizar la firma térmica.

—Me da igual el protocolo —Elena dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio. Podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo, una fiebre de puro terror—. Valdés me está obligando a saltar, pero tú eres la que sabe cómo moverse ahí abajo. Si quieres que ese sensor se instale y que yo vuelva viva, vas a tener que bajar conmigo.

—No puedo saltar, Elena. Mi registro biométrico está bloqueado por Salazar desde el incidente de la cápsula. Mi cuerpo no aguanta la descompresión temporal.

—Entonces haz que lo desbloqueen —Elena me agarró del brazo. Sus dedos se clavaron en mi uniforme con una fuerza que no creía que tuviera—. No voy a ser tu sacrificio, Helen. No voy a bajar ahí a que me mastiquen mientras tú miras por una pantalla desde tu silla cómoda. Si yo salto el lunes, tú saltas a mi lado.

Sentí una oleada de frío que me recorrió la columna. Elena no me estaba pidiendo ayuda; me estaba arrastrando al fondo del pozo con ella. Sabía que yo era su única garantía de supervivencia, y sabía que Valdés me tenía acorralada por otro lado.

—Valdés no autorizará un salto doble —susurré, buscando una salida lógica.

—Valdés autorizará cualquier cosa que le garantice el éxito de la Fase 2 —respondió Elena, soltándome el brazo con un gesto de asco—. Él ya me lo sugirió. Dijo que "dos activos con experiencia son mejores que uno". Sabía que me lo pedirías tú a mí.

Me quedé mirando las piezas del traje en el suelo. El Mark IV parecía una cáscara de insecto gigante, muerta y vacía. Entendí el juego completo. Valdés no solo quería el sensor; quería eliminar la disidencia. Si nos mandaba a las dos, o conseguía sus datos, o se deshacía de los dos problemas de un solo golpe.

—Si bajo contigo —dije, mirando a Elena a los ojos—, no habrá sensores, ni protocolos, ni manuales. Harás exactamente lo que yo diga, cuando yo lo diga.

Elena asintió, una mueca de alivio amargo cruzó su rostro. —Solo quiero volver, Helen. Como tú.

Salí del vestuario con el sabor a metal en la boca. El lunes estaba a la vuelta de la esquina y el pasado estaba empezando a estirar sus manos para reclamarnos a las dos. Tenía que preparar a Elena, pero sobre todo, tenía que preparar mi cuerpo para una presión que prometía romperme por dentro.

Fui hacia el despacho de Salazar. Iba a necesitar más que un informe de aptitud; iba a necesitar un milagro para que el tiempo no terminara de cobrarse la deuda que yo todavía le debía. Pero mientras caminaba, solo podía pensar en Mateo. Si bajaba y no volvía, la verdad moriría conmigo. Y por un segundo, no supe si eso era una tragedia o mi última victoria sobre Valdés.

Capítulo 9. La densidad del aire reciclado

El Ala de Biometría no huele a medicina; huele a nada. Es un vacío olfativo diseñado para no distraer a las máquinas. Me encontraba tumbada sobre una plancha de polímero frío, con el torso descubierto y una constelación de electrodos pegados a mi piel. El gel conductor estaba helado, una caricia húmeda que me recordaba a la consistencia del lodo del delta, pero sin la promesa de vida.

—Respira hondo, Helen. Mantén el aire tres segundos. Suelta —la voz de Ríos llegaba a través de un altavoz, distorsionada por el zumbido del escáner de resonancia magnética.

Hice lo que me pidió. El túnel de la máquina se sentía como un ataúd de alta tecnología. El sonido era un martilleo rítmico, clanc-clanc-clanc, una percusión metálica que me vibraba en los huesos. Cerré los ojos y, por un instante, el ruido de la máquina se convirtió en el latido de un corazón gigante, uno que latía hace sesenta millones de años.

—Tu frecuencia basal ha subido a noventa —dijo Ríos, entrando en la sala cuando la plancha me deslizó hacia afuera—. Estás tensa. Si la presión sistólica no baja, el sistema de compensación del traje no podrá sincronizarse con tu pulso. Vas a sufrir una arritmia en pleno salto.

Me incorporé lentamente, arrancándome los electrodos. La piel de mi abdomen, donde la cicatriz se retorció como una raíz oscura, estaba roja por la irritación del adhesivo.

—No es el pulso lo que me preocupa, Ríos —dije, alcanzando mi camiseta—. Es la integridad del tejido. Siento que la cicatriz tira hacia adentro cada vez que el simulador sube la gravedad.

Ríos se ajustó las gafas y revisó la tableta. Suspiró, un sonido que denotaba una derrota profesional. —Tus niveles de cortisol están por las nubes. El informe médico dice que tu cuerpo sigue en estado de alerta permanente. Físicamente, tus costillas han sanado, pero tu sistema nervioso cree que todavía estás bajo el hocico de ese animal. Y ahora quieres saltar con Elena.

—Tengo que hacerlo —respondí, bajándome de la plancha. Mis pies descalzos en el suelo frío me dieron un escalofrío—. Si ella baja sola, morirá. Y si ella muere, Valdés no tendrá motivos para mantener su "generosidad" con los archivos de mi familia.

Ríos me miró por encima de la tableta. No había compasión en su mirada, solo una observación clínica y pesada. —Estás usando tu cuerpo como moneda de cambio, Helen. Y el tiempo es un usurero muy malo. No te va a devolver el cambio.

Salí del Ala Médica y me dirigí al Nivel 1. La burocracia del Proyecto Alfa se había vuelto un laberinto de formularios y autorizaciones de seguridad. Tuve que pasar por tres controles de huella dactilar solo para llegar a la oficina de Salazar.

El pasillo estaba lleno de cajas con el logo de "Logística Avanzada". Estaban preparando el equipo para la base permanente. Vi generadores, purificadores de agua y contenedores de

suministros médicos. Ya no eran maletas de expedición; eran los cimientos de una invasión silenciosa.

Encontré a Salazar frente a un ventanal que daba al hangar. No me miró al entrar. Tenía una carpeta roja en las manos, el color de las misiones clasificadas.

—He recibido la petición formal de Elena —dijo Salazar. Su voz era un trueno bajo—. Quiere un salto coordinado. Dice que tú has aceptado ser su apoyo en tierra... pero sobre el terreno.

—Ella tiene miedo, Salazar. Y con razón. El Mark IV la ciega. Necesita a alguien que lea los rastros mientras ella instala el sensor.

Salazar se giró. Sus ojos eran dos pozos de fatiga. —Valdés ya ha firmado la orden de "Duplicidad de Activos". Ha desbloqueado tu registro biométrico, Helen. Pero ha puesto una condición en la letra pequeña: si algo sale mal, si el sensor no se instala o si una de las dos no regresa, el proyecto se considerará "fallido por negligencia humana".

—Lo sé —respondí, mirando hacia el hangar vacío—. Significa que si fallamos, no habrá red de seguridad. Ni para nosotras, ni para lo que dejamos atrás.

—Significa que si no vuelves, Valdés tendrá la excusa perfecta para limpiar el rastro de todo el personal —Salazar bajó la voz, acercándose—. Incluyendo los expedientes que tanto te preocupan. Helen, estás entrando en una habitación sin puertas.

Esa noche, el aire en casa se sentía diferente. Mateo estaba sentado en la alfombra de la sala, rodeado de mapas topográficos. Tenía la radio encendida, una música suave que llenaba los huecos del silencio que yo no sabía cómo romper.

Me senté a su lado, observando cómo trazaba líneas con un rotulador rojo sobre las elevaciones de una cordillera. Sus manos eran largas, con los dedos manchados de tinta. Eran las manos de su padre.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué papá y mamá no están en las fotos de la boda de los abuelos? —preguntó de repente, sin levantar la vista del mapa.

El corazón se me detuvo un segundo. Sentí una presión en el pecho, como si el Mark IV me estuviera apretando las costillas de nuevo. —Eran jóvenes, Mateo. Los abuelos se casaron mucho antes de que ellos... aparecieran.

—Ya. Pero el otro día encontré una caja en el ático. Había una carta. —Se detuvo y me miró. Sus ojos eran claros, inquisitivos, carentes de la malicia de Valdés pero llenos de una curiosidad que dolía—. Decía algo sobre un seguro de vida a nombre de "Mateo Rivas", hijo de Luis Rivas. Mi padre se llamaba Luis, ¿verdad? Pero en mi acta de nacimiento dice que mi padre es el abuelo.

Me quedé helada. La mentira, que durante quince años había sido un muro sólido, empezó a desmoronarse frente a mis ojos. Mis padres, en su afán por protegerlo, habían dejado grietas que un adolescente inteligente podía ver.

—Mateo... las familias son complicadas. A veces los papeles se hacen para que todo sea más fácil legalmente —dije, intentando que mi voz no temblara.

—¿Me estás mintiendo, Helen? —preguntó él. No había rabia, solo una decepción incipiente que me quemó más que el nitrógeno.

Quise abrazarlo. Quise decirle que era mi sobrino, que su padre murió siendo un héroe para mí, y que yo daría mi vida para que él no tuviera que cargar con la sombra de esa carretera húmeda. Pero vi la sombra de Valdés proyectada en la pared de mi mente. Si le decía la verdad ahora, Valdés ganaba. Si se la ocultaba, Mateo perdía la confianza en mí.

—Hay cosas que te contaré cuando sea el momento, enano —dije, poniéndole una mano en el hombro. Noté cómo se tensaba un poco—. Solo confía en que todo lo que hago, lo hago para que este mapa que estás dibujando siga siendo real.

Mateo no respondió. Volvió a su mapa, pero la línea roja que trazó salió torcida.

Me levanté y fui a mi habitación. Saqué mi equipo de salto viejo, el que guardaba debajo de la cama. El tejido sintético olía a polvo y a un tiempo lejano. Mañana volvería al búnker. Mañana firmaría los últimos papeles de la Fase 2.

El conflicto ya no era solo sobre el sensor en el nido o el ojo del depredador. El conflicto era el tiempo: el que me quedaba para salvar a Mateo de la verdad de Valdés y el que me quedaba antes de que mi propio cuerpo decidiera que ya no podía saltar más. El lunes, Elena y yo bajaríamos al barro. Y por primera vez, no estaba segura de si quería volver al presente, o si el pasado era el único lugar donde las mentiras no tenían peso.

Capítulo 10. La simetría del colapso

El aire en "El Pozo" —la cámara de simulación de inmersión total— tenía un sabor rancio, como si los pulmones de cien personas hubieran agotado ya todo el oxígeno real. Estábamos en el centro de la plataforma, conectadas por un cordón umbilical de fibra óptica que transmitía nuestras constantes vitales directamente a la consola de Iván.

Yo no llevaba el Mark IV. Había insistido en usar mi viejo equipo de exploración, el modelo que aún tenía la rozadura en el muslo de mi primer salto. Me sentía más ligera, pero también más expuesta. Elena, a mi lado, parecía un monumento de cerámica blanca y gris. El zumbido de sus servomotores era una nota constante, un ruido que se me metía en los dientes.

—Sincronización de visor en tres, dos, uno... —la voz de Iván llegó con un eco metálico.

El mundo desapareció. El blanco de las paredes del búnker fue devorado por un verde asfixiante. El sistema cargó el Cuadrante B: el delta. El suelo bajo mis botas se volvió inestable, una simulación de barro líquido que obligaba a mis tobillos a buscar el equilibrio cada medio segundo.

—Elena, tu firma térmica está demasiado alta —dije. Mi voz dentro del casco sonaba comprimida—. Estás forzando los motores de las rodillas. Si el barro te succiona, el Mark IV va a intentar tirar hacia arriba con demasiada fuerza y te va a desgarrar un ligamento.

—Tengo que mantener el ritmo, Helen. El sensor pesa quince kilos. Si no me muevo rápido, la presión estática del nido nos va a detectar antes de llegar —Elena se movía con una torpeza calculada, jadeando.

—La rapidez allí abajo no es velocidad, es ritmo —respondí, moviéndome con cuidado, sintiendo cómo el simulador replicaba la densidad del aire húmedo—. Mira el follaje. No lo pises, deslízate. Si el barro hace cloc, estás muerta. El sonido viaja por el suelo más rápido que tu radar.

Caminamos durante cuarenta minutos virtuales. Sentía el sudor corriéndome por la espalda, pegando la camiseta a la cicatriz del abdomen. Con cada paso, el tejido fibroso me enviaba un latigazo de advertencia. Mi ritmo cardíaco apareció en la esquina superior de mi visor: 105 pulsaciones. Demasiado alto para un paseo por el lodo.

—Helen, tu presión arterial está subiendo —la voz de Ríos intervino por el canal privado—. Tienes un pico de cortisol. Detén la marcha.

—Ignóralo, Iván. Seguimos —ordené, apretando los dientes.

Llegamos a la recreación del nido. Era un montículo de tierra y vegetación podrida, del tamaño de una mesa de comedor. Elena se arrodilló, el metal de sus rodilleras chocando contra el suelo simulado con un golpe sordo que me hizo doler los oídos.

—Iniciando instalación —dijo Elena. Sus manos, envueltas en guantes de cerámica, temblaban ligeramente mientras manipulaba el sensor de profundidad.

—Vigilo el flanco derecho —dije, dándole la espalda para cubrirla.

El simulador envió una ráfaga de viento. Las hojas de los helechos gigantes restallaron contra mi visor. En la periferia de mi visión, una mancha de sombra se movió. No era un patrón programado de ataque; era una sombra errática, la forma en que Iván introducía caos en el sistema. Mi corazón dio un vuelco. Me giré demasiado rápido y un dolor agudo, como un cuchillo al rojo vivo, me atravesó el abdomen.

Se me escapó un gemido seco. Mis rodillas cedieron y golpeé el suelo simulado. El visor se llenó de alertas rojas: FALLO BIOMÉTRICO. INTERRUPCIÓN DE SECUENCIA.

El mundo desapareció. Las paredes blancas volvieron a cerrarse sobre nosotras. Elena se arrancó el casco y me miró desde el suelo. Estaba pálida, con el pecho subiendo y bajando en un ritmo errático.

—¡Helen! —Iván bajó de la consola de un salto, corriendo hacia la plataforma.

Me quedé hecha un ovillo, presionando mi mano contra el abdomen. Sentía que la cicatriz se había abierto, aunque sabía que solo era el sistema nervioso gritando. Ríos llegó segundos después con un maletín médico, pero Salazar lo apartó de un empujón.

Detrás de ellos, en la pasarela de observación, Valdés miraba hacia abajo con la misma indiferencia con la que un entomólogo observa a una hormiga que ha perdido una pata.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Salazar, su voz era un trueno contenido.

—Una contracción muscular —mentí, intentando incorporarme. Elena me agarró del brazo para ayudarme, y sentí sus dedos temblar sobre mi uniforme—. El simulador aumentó la resistencia del barro demasiado rápido.

—No fue el simulador —dijo Ríos, mirando su tableta con una gravedad absoluta—. Fue tu cuerpo, Helen. El tejido no está elástico. Si esto pasa durante el anclaje de salto, la descompresión te va a desgarrar por dentro.

Elena me miró. En sus ojos ya no había solo miedo por el animal; había una comprensión aterradora. Estábamos unidas por un cordón de mentiras y debilidad física.

—Ella no puede saltar así —susurró Elena, mirando a Salazar.

—Tiene que saltar —la voz de Valdés bajó desde la pasarela como una sentencia—. El lunes es el último día de la ventana temporal estable para el Cuadrante B. Si no instalamos el sensor, el Proyecto Alfa pierde su financiación ante el Comité. Y todos sabemos lo que pasa cuando los archivos pierden su utilidad, ¿verdad, Helen?

Me puse en pie, ignorando la mano de Ríos que intentaba volver a sentarme. Me limpié el sudor de la cara con el dorso de la mano.

—Estaré lista —dije, mirando directamente a Valdés—. Iván, recalibra el traje de apoyo. Quita las placas de peso innecesarias. Prefiero el riesgo de impacto al riesgo de inmovilidad.

Dos horas después, me encontraba en el vestuario, sola. Me miré en el espejo empañado por el vapor de la ducha. La cicatriz era una marca fea, una línea que dividía mi vida en dos. El timbre de mi teléfono sonó desde el casillero.

Un mensaje de Mateo: “He encontrado el álbum de fotos viejo de la abuela. Hay fotos de cuando yo era un bebé... pero tú no estás en ninguna, Helen. ¿Dónde estabas?”

Dejé caer el teléfono sobre el banco de metal. El sonido resonó en el vestuario vacío como un martillazo. Mateo estaba excavando más profundo de lo que yo podía permitir. Valdés lo sabía, y estaba usando ese tiempo contra mí.

La puerta del vestuario se abrió y Elena entró. No dijo nada. Se sentó en el banco de enfrente y empezó a desvendarse las manos. El silencio era denso, cargado de todo lo que no podíamos decir porque sabíamos que nos estaban escuchando.

—¿Por qué me ayudas, Helen? —preguntó de repente, sin levantar la vista—. Podrías haberme dejado morir en ese delta. Podrías haber dicho que no a Valdés y dejar que yo cargara con el fracaso.

—Porque tú no elegiste estar aquí —respondí, poniéndome la camiseta limpia—. Y porque en este lugar, la única forma de no volverse loco es recordar que el de al lado también tiene miedo.

Elena levantó la vista. Sus ojos estaban inyectados en sangre. —Si morimos ahí abajo, Valdés se saldrá con la suya. Dirá que fue un error humano y cerrará los expedientes. Mateo nunca sabrá quién eres.

—Mateo ya sabe quién soy —dije, aunque mi voz tembló un poco—. Soy la tonta de las piedras que lo cuida. Y mientras yo respire, eso será suficiente para él.

Me colgué la mochila al hombro. Mañana sería el último chequeo médico. El lunes, el barro. Sabía que mi cuerpo me estaba avisando de que este sería el último salto, el que cerraría la puerta para siempre. Solo esperaba que, al otro lado de esa puerta, Mateo siguiera dibujando sus mapas sin saber que su hermana estaba luchando contra monstruos y hombres para que su mundo siguiera siendo pequeño y seguro.

Capítulo 11. La mecánica del regreso

El lunes no amaneció; simplemente ocurrió. A las cuatro de la mañana, el búnker no tiene mañana, solo tiene un cambio en la intensidad de las luces de los pasillos. El aire estaba más frío que de costumbre, un frío seco que se me metía en las articulaciones y hacía que la cicatriz del abdomen se sintiera como un cable tenso a punto de romperse.

Me puse el traje de exploración vieja en silencio. Cada cremallera, cada sello de presión, cada ajuste de las correas era un movimiento que mi cuerpo hacía por pura inercia. No desayuné. El estómago era un nudo de nervios y sospechas que no admitía nada sólido. En mi mente, la pregunta de Mateo seguía dando vueltas: “¿Dónde estabas, Helen?”. Estaba aquí. Estaba siempre aquí, vendiendo pedazos de mi vida para que él no tuviera que preguntarse nada.

Llegué al hangar de salto. Elena ya estaba allí, de pie frente al Mark IV. No hablaba con los técnicos. Tenía la mirada fija en el suelo, las manos enguantadas entrelazadas con tanta fuerza que los nudillos de cerámica crujían. Cuando me vio, no sonrió. Solo asintió, una inclinación de cabeza tan rígida que pareció dolerle.

—Iván dice que el anclaje está al 98% —dijo Elena. Su voz por los altavoces externos sonaba metálica, despojada de cualquier matiz humano—. Han ajustado la baliza para que no haya desviación.

—Los ajustes de Iván no sirven de nada si el viento solar decide lo contrario —respondí, ajustándome el casco. El siseo del oxígeno al conectarse fue el primer alivio del día. Al menos ese aire era mío—. Recuerda: en cuanto toquemos suelo, rodar y cubrir. No esperes a que el traje te diga que la gravedad es estable.

Salazar se acercó a nosotras. No traía carpetas ni órdenes. Solo nos miró a ambas, deteniéndose un segundo más en mí. Pude ver el cansancio en sus ojos, la culpa de un hombre que sabe que está mandando a sus mejores piezas a un tablero que ya no controla.

—Tienen tres horas —dijo Salazar—. Si el sensor no está instalado a los 120 minutos, abortan. No me importa lo que diga Valdés. Si no regresan a tiempo, cerraré el túnel. No voy a dejar la puerta abierta para que algo más entre mientras las buscamos.

—Entendido —dijimos ambas a la vez.

Subimos a la plataforma. El hangar empezó a vibrar, un zumbido que subía por las suelas de mis botas y me hacía castañear los dientes. Miré hacia la sala de observación. Valdés estaba allí, como siempre. Esta vez no estaba solo; dos hombres con trajes oscuros y tabletas digitales estaban a su lado. El Comité de Vigilancia. Estaban allí para ver si su inversión sobrevivía al barro.

—Iniciando secuencia de salto —la voz de Iván resonó en mi casco, temblorosa por primera vez—. Helen, Elena... nos vemos en tres horas. Buena suerte.

El aire empezó a curvarse. El hangar desapareció en una distorsión de luz blanca y estática. Sentí el golpe de la descompresión. No fue una transición suave; fue como si una mano

gigante me agarrara de las entrañas y me sacudiera. El dolor en mi abdomen estalló, una llamarada de fuego que me nubló la vista. Apreté los dientes hasta sentir que iban a romperse. El Mark IV de Elena, a mi lado, vibraba con una frecuencia violenta.

Un segundo de nada absoluta. El silencio total.

Y luego, el impacto.

Caímos sobre un lecho de helechos gigantes y barro podrido. El calor me golpeó como un muro físico, una humedad densa que olía a azufre y a vida frenética. El sensor de mi casco pitó: oxígeno al 31%, humedad al 90%. Estábamos en casa.

Me incorporé rápidamente, ignorando el grito de mis pulmones. A unos metros, Elena estaba de rodillas, el traje blanco manchado de lodo negro.

—¿Elena? —pregunté, mi voz luchando contra la estática del canal local.

—Estoy... estoy bien. El servo de la cadera se ha bloqueado un segundo, pero ya está —su voz era un jadeo—. Helen, el olor. Había olvidado el olor.

—No lo huelas. Trabaja —dije, escaneando el perímetro.

El delta estaba en silencio, pero no era un silencio tranquilo. Era la tensa calma de un lugar donde todo lo que se mueve es comida. A lo lejos, el chillido de un pterosaurio cortó el aire, un sonido agudo y mecánico que me erizó el vello de la nuca.

Saqué el rastreador de mi cinturón. El punto de anclaje de la cápsula de retorno estaba a quinientos metros al norte. El nido, según las coordenadas de Valdés, estaba a doscientos metros al este, en una elevación cubierta de coníferas.

—Tenemos movimiento —susurró Elena.

Me giré. A través del follaje denso, vi el parpadeo de algo oscuro. No era un corredor. Era pequeño, del tamaño de un pavo, con plumas que imitaban el color de la madera podrida. Un carroñero. Nos estaba observando con curiosidad analítica.

—Ignóralo. Si nos detenemos por cada bicho pequeño, no llegaremos al nido —ordené, empezando a avanzar—. Mantén la firma térmica al mínimo. Elena, si sientes que el Mark IV se calienta, avísame. No queremos ser una bombilla en medio del bosque.

Caminamos con dificultad. El barro del Cretácico tiene una consistencia que no existe en el presente; es una mezcla de sedimentos volcánicos y materia orgánica que intenta succionarte las botas con cada paso. Elena se movía con una torpeza peligrosa, el peso del sensor de profundidad la obligaba a encorvarse.

Llegamos a la base de la elevación. El aire se volvió más frío aquí, filtrado por los árboles gigantescos que bloqueaban casi toda la luz solar. El nido estaba allí, tal como decían las fotos satelitales: un montículo de tierra, ramas y estiércol, rodeado de un círculo de tierra limpia.

Elena se arrodilló frente al nido. Sus manos, envueltas en la cerámica del traje, empezaron a cavar con cuidado para enterrar la sonda.

—Helen, hay algo raro —dijo Elena, deteniéndose.

Me acerqué, manteniendo el rifle de pulso bajo, apuntando a la espesura. —¿Qué pasa?

—El nido... está caliente. Pero no por la fermentación de las plantas. Hay vibración.

Miré hacia el interior del nido. A través de la maleza, vi el brillo de tres huevos grandes, de un color azul verdoso con manchas oscuras. Estaban temblando.

—Están eclosionando —susurré, y el frío me recorrió la espalda—. Elena, instala esa cosa ya. Si la madre vuelve y nos encuentra aquí durante la eclosión, no habrá nitrógeno que nos salve.

—¡Estoy en ello! —Elena forcejeaba con la base de la sonda, pero el suelo estaba lleno de raíces duras como cables de acero.

En ese momento, el bosque cambió de tono. El zumbido de los insectos se detuvo de golpe. Un chasquido seco, como el de una rama de gran tamaño rompiéndose, resonó a nuestras espaldas. Me giré, sintiendo cómo el corazón me golpeaba las costillas.

No era un corredor. Era algo más grande. Mucho más grande.

A través de los troncos de las coníferas, una cabeza alargada y estrecha se asomó. Un par de ojos amarillos, con pupilas verticales, se fijaron en nosotras. No nos miraba con curiosidad. Nos miraba con el odio ancestral de quien protege su descendencia.

—Elena... —mi voz fue un susurro apenas audible—. No te muevas. No respires.

Elena se quedó congelada, con la sonda a medio enterrar. El animal dio un paso hacia el claro. Su piel era de un gris ceniza, con rayas oscuras que le recorrían el lomo. Era un depredador de emboscada. Y estábamos en su comedor.

El animal lanzó un bufido que expulsó una nube de vaho caliente. Dio otro paso. Estaba a diez metros. Podía oler el rastro de carne vieja en sus fauces.

—Helen... —la voz de Elena era un sollozo ahogado—. ¿Qué hacemos?

—Esperar —dije, sintiendo el sudor escocerme en los ojos bajo el casco—. Esperar a que decida si valemos el esfuerzo.

Pero el animal no esperó. Bajó la cabeza, emitió un gruñido gutural que hizo vibrar el suelo y se preparó para cargar. En ese momento, entendí que los planes de Valdés, el entrenamiento de Elena y mi propia precaución no servían de nada. Estábamos en el lugar equivocado, en el tiempo equivocado. Y Mateo... Mateo nunca sabría por qué su hermana no volvió a cenar.

Capítulo 12. La etología del verdugo

El aire que exhalaba el animal no era solo vapor; era un rastro químico de muerte lenta. Olía a proteínas descompuestas y a la acidez gástrica de un carnívoro de alto metabolismo. Tenía la cabeza a la altura de mis ojos, una estructura ósea alargada y estrecha, típica de un *Gorgosaurus libratus*. A diferencia del *Tyrannosaurus rex*, su cráneo era más grácil, diseñado para una mordedura de precisión y una velocidad que el Mark IV de Elena no podría igualar en este terreno.

Su piel, de un tono gris ceniza, no era lisa. Estaba cubierta por una red de escamas diminutas y rugosas, con hileras de protuberancias queratínicas que le recorrían las cejas, dándole un aspecto perpetuamente colérico. Lo más inquietante era su ojo: una pupila vertical que se dilataba y contraía al ritmo de su respiración, protegida por una membrana nictitante que se deslizaba de forma lateral, limpiando la córnea con una eficiencia mecánica.

—No dispaes —susurré por el canal interno. Mi dedo acariciaba el gatillo del rifle de pulso, pero sabía que el destello solo serviría para marcar nuestra posición como una amenaza activa—. Elena, el sensor. Suéltalo. Despacio.

Elena estaba temblando tanto que el sonido de sus placas de cerámica chocando entre sí era audible incluso fuera del traje. —Si lo suelto... hará ruido. Se dará cuenta.

—Ya se ha dado cuenta —respondí, sin apartar la vista de las fosas nasales del animal. Se dilataban rítmicamente. Estaba probando nuestra química, tratando de encajarnos en su catálogo de presas conocidas—. Está procesando si somos competidores por el nido o simplemente basura estéril. Si mantienes el sensor, creará que estás robando un huevo.

El *Gorgosaurus* emitió un siseo bajo, un sonido que nació en el fondo de su garganta y que hizo que el agua estancada a mis pies formara círculos concéntricos. Bajó la cabeza unos centímetros, rozando la placa pectoral de Elena con la punta de su hocico. El sensor de presión en mi visor empezó a parpadear: el animal estaba ejerciendo una fuerza exploratoria.

—Helen... —el sollozo de Elena fue un siseo roto en mi auricular.

—Suéltalo. Ahora.

Elena abrió las manos. El sensor de profundidad, un cilindro de metal pesado, cayó sobre el lecho de hojas podridas. El sonido fue un pum sordo, amortiguado por el barro. El depredador reaccionó al instante: lanzó un mordisco al aire, sus mandíbulas chasquearon a centímetros del casco de Elena con la fuerza de una prensa hidráulica. El olor a saliva fermentada inundó mis sensores.

El animal bajó el hocico hacia el sensor, olfateándolo. Sus dientes, aserrados y curvados hacia atrás como ganchos de carnicero, rasparon el metal. Al ver que el objeto no sangraba ni se movía, el interés del *Gorgosaurus* volvió a nosotras. Pero esta vez, su postura cambió. Elevó el torso, sus patas traseras, un prodigio de tendones y potencia muscular, se tensaron, hundiéndose en el barro.

—Va a cargar —dije, y mi propia voz me sonó lejana, como si viniera de otro tiempo—. Elena, corre hacia la conífera de la derecha. Yo lo distraeré.

—¡No! ¡Helen, tus costillas!

—¡Muévete!

No esperé. Activé el emisor de pulso de mi traje al máximo. Es una señal diseñada para interferir con los radares, pero en el Cretácico, funciona como un grito eléctrico que confunde los órganos sensoriales de los terópodos. El animal lanzó un rugido que no fue un grito de película, sino una vibración infrasónica que me golpeó el esternón y me hizo perder el equilibrio un segundo.

Elena echó a correr. El Mark IV zumbaba, sus servomotores trabajando al límite para sacarla del barro. El Gorgosaurus giró la cabeza hacia ella, sus potentes músculos del cuello moviéndose bajo la piel como serpientes.

—¡Eh! ¡Aquí, estúpido! —grité, disparando una ráfaga de pulso al suelo, justo frente a sus patas.

La tierra saltó en una pequeña explosión de lodo y vapor. El animal se distrajo, girando su cuerpo de cinco metros con una agilidad aterradora. Sus ojos amarillos se clavaron en mí. Corrí en dirección opuesta a Elena, sintiendo cómo cada zancada era un clavo ardiendo en mi abdomen. La cicatriz tiraba, quemaba, me recordaba que mi cuerpo ya había dado todo lo que tenía.

Escuché los pasos detrás de mí. Pum. Pum. Pum. El suelo no solo vibraba; se desplazaba. El Gorgosaurus no corría, se proyectaba hacia adelante.

Llegué a un tronco caído, cubierto de musgo y hongos gigantes. Me deslicé por debajo, sintiendo el roce de la madera podrida contra mi casco. El animal pasó por encima, sus garras traseras destrozando el tronco como si fuera papel. Me quedé inmóvil, pegada al barro, conteniendo la respiración mientras el visor me avisaba de que mi pulso estaba a 180.

A través de un hueco en la madera, vi sus patas pasar. Eran estructuras perfectas: tres dedos principales con garras negras y desgastadas, soportando toneladas de peso con una gracia letal. El animal se detuvo a pocos metros. Olfateó el aire, su cola larga y musculosa moviéndose de un lado a otro para mantener el equilibrio.

—Elena... —susurré por el canal corto—. ¿Dónde estás?

—A cubierto. Detrás de las raíces de la conífera —su voz era un temblor constante—. Helen, está volviendo hacia el nido. Se ha olvidado de ti.

Miré hacia afuera. El animal caminaba de regreso al montículo de tierra. Sus movimientos eran más lentos ahora, más cautelosos. Se acercó a los huevos que seguían temblando. Con una delicadeza que contrastaba con su violencia anterior, usó la punta de su hocico para apartar unas ramas. Emitió un sonido suave, un ronroneo gutural que solo una madre podría reconocer.

Me quedé allí, en el barro, viendo cómo la criatura más peligrosa del ecosistema protegía su futuro. Y en ese momento, la imagen de Mateo volvió a mi mente. Valdés, los archivos, las mentiras... todo parecía tan pequeño comparado con la pureza de ese nido. Yo también era una madre protectora en un mundo que no entendía mis reglas.

—El sensor está en el lugar —dijo Elena por el auricular—. Ha caído justo en la base del nido. Está transmitiendo datos, Helen. Lo logramos.

—Ahora tenemos que salir de aquí sin que nos note —respondí, sintiendo cómo el frío del barro empezaba a entumecer mis manos—. Elena, muévete hacia el punto de extracción por el cauce seco del arroyo. El agua cubrirá tu rastro térmico. Yo iré por el flanco izquierdo.

—Helen... —Elena hizo una pausa, y su voz cambió. Ya no era la voz de una alumna asustada—. Gracias. Por no dejarme allí.

—No me des las gracias todavía —dije, empezando a arrastrarme fuera del tronco—. Todavía tenemos que volver a un mundo donde los monstruos llevan traje.

Salí del refugio con la cautela de un fantasma. El Gorgosaurus seguía allí, una silueta gris contra el verde eterno del Cretácico, custodiando sus huevos bajo la luz filtrada de un sol que se pondría millones de años antes de que Mateo naciera. Mientras me alejaba, sentí que la deuda con el tiempo se estaba saldando. Pero la deuda con Valdés apenas estaba empezando a cobrarse. Y yo sabía que, a diferencia del animal tras de mí, Valdés no dejaría de perseguirnos hasta que una de las dos dejara de respirar.

Capítulo 13. El cauce de los fantasmas

El barro no te deja ir tan fácil. Se siente como si mil manos invisibles estuvieran jalando tus botas hacia el centro de la tierra. Me arrastré fuera del tronco caído con los pulmones ardiendo, sintiendo cómo el sudor se mezclaba con el lodo en las juntas de mi traje. Cada vez que movía la pierna derecha, un tirón eléctrico me recorría el abdomen. Sabía que la herida se había abierto; sentía ese calor húmedo y pegajoso extendiéndose por mi piel, un calor que no era el del clima del Cretácico.

—Elena, muévete —susurré por el comunicador. Mi voz sonó como un roce de lija—. No te detengas hasta llegar a las rocas del arroyo.

La vi moverse a unos metros. El Mark IV blanco era una mancha obscena contra el verde profundo de los helechos. Elena caminaba con una rigidez mecánica, el motor de su cadera emitiendo un chirrido sordo que me ponía los pelos de punta. Para un Gorgosaurus, ese ruido era como una campana de cena.

Entramos en el cauce seco del arroyo. El lecho estaba lleno de piedras calizas resbalosas y restos de troncos petrificados. El agua estancada olía a azufre y a materia orgánica pudriéndose bajo un sol que no perdonaba.

—Helen, el sensor de mi pierna derecha está en rojo —dijo Elena. Su voz estaba al borde del llanto, pero intentaba mantenerla estable—. El actuador está perdiendo presión. Siento que el traje pesa una tonelada.

—Es por el golpe de hace rato. Apaga el sistema de balance automático y maneja el torque manual. Yo te apoyo.

Me acerqué a ella y pasé su brazo metálico sobre mis hombros. El peso fue brutal. Sentí cómo mis vértebras crujían y cómo el desgarró en mi abdomen daba un latigazo que me hizo ver manchas negras. Apreté los dientes con tanta fuerza que sentí que se me iban a romper. "Por Mateo", pensé. "Solo unos metros más por ese enano".

A nuestras espaldas, el bosque volvió a cambiar de tono. El siseo de los insectos gigantes se detuvo. Luego, el suelo vibró. No fue un terremoto; fue un impacto rítmico, pesado. Pum. Pum. Pum.

—No mires atrás —le ordené a Elena, aunque yo misma sentía el impulso de girarme—. Sigue caminando.

El Gorgosaurus había dejado el nido. Seguramente el olor a aceite hidráulico del traje de Elena o el rastro de mi sangre le habían dado una pista que su instinto no podía ignorar. Escuché el crujido de las ramas rompiéndose, un sonido seco como disparos en medio de la selva. El depredador no estaba corriendo, estaba barriendo la zona, moviéndose con esa confianza de quien sabe que su presa no tiene a dónde ir.

—Helen, ya casi llegamos, ¿verdad? —preguntó Elena. Su respiración golpeaba el micrófono, un sonido errático y asustado.

—Trescientos metros. Iván ya debería estar abriendo la ventana.

Llegamos al claro de extracción. El aire empezó a vibrar, esa distorsión azulada que hace que el paisaje parezca una pintura derretida. El olor a ozono empezó a desplazar el hedor del pantano. Era la señal. Era el camino a casa.

Pero el Gorgosaurus también llegó al claro.

Salió de entre las coníferas con una lentitud aterradora. Su cuerpo de cinco metros se recortó contra la luz filtrada. Bajó la cabeza, nivelando sus ojos amarillos con los nuestros. Lanzó un bufido que expulsó vaho y restos de sangre de alguna presa anterior. Dio un paso, hundiendo sus garras en la tierra blanda, y soltó un rugido que no fue un grito, sino una onda expansiva que me sacudió los huesos del pecho.

—¡Corre, Elena! ¡Entra al anclaje! —la empujé con todas mis fuerzas hacia la zona de distorsión.

Elena tropezó, el actuador de su pierna finalmente cedió con un siseo de vapor. Cayó de rodillas justo en el borde del campo de salto.

Me giré, levantando el rifle de pulso. Sabía que no iba a matarlo. Esos bichos tienen cráneos hechos para resistir embestidas de tres toneladas; mi rifle era poco más que una picadura de avispa. Pero necesitaba distraerlo. Disparé una ráfaga de pulso magnético a sus pies. La tierra saltó en una pequeña explosión de lodo.

El animal vaciló, confundido por la descarga eléctrica que interfería con sus sentidos. Aproveché ese segundo. Me lancé hacia Elena, agarrándola por la placa del hombro, y nos arrastré a ambas hacia el centro del brillo azul.

El Gorgosaurus se recuperó y cargó. Vi su mandíbula abrirse, una cueva de dientes aserrados que se cerró a centímetros de mi casco. Sentí el viento del impacto.

Y entonces, el salto.

Fue como si el universo se convirtiera en una prensa hidráulica. La luz blanca me quemó las córneas. Sentí que mis intestinos intentaban salir por mi garganta. El dolor de mi abdomen estalló en una agonía absoluta, una llamarada de fuego que me apagó el conocimiento durante un milisegundo.

¡CLANG!

El impacto contra el hormigón del búnker fue seco y brutal. Pasé de 35 grados de humedad selvática a 18 grados de aire acondicionado estéril en un parpadeo. El sabor a ozono y sangre me inundó la boca.

Me quedé tirada en la plataforma, viendo las luces LED del techo parpadear. A mi lado, Elena soltaba un llanto ronco, mientras los técnicos gritaban y el sonido de las sierras empezaba a cortar su armadura para sacarla.

—¡Traigan la camilla! ¡La instructora está perdiendo mucha sangre! —gritó la voz de Iván, pero la oía como si estuviera debajo del agua.

Intenté mover la mano, pero pesaba demasiado. Entonces vi unos zapatos negros, perfectamente boleados, deteniéndose a unos centímetros de mi cara. Valdés se inclinó sobre mí. No me miraba con preocupación. Miraba la tableta que un técnico le acababa de entregar.

—La sonda está transmitiendo desde el nido, Helen —dijo Valdés, y su voz era una caricia de seda sobre el caos del hangar—. El Comité va a estar muy impresionado. Descansa. Mañana tenemos que discutir cómo vamos a presentarle esto a Mateo.

Cerré los ojos mientras la oscuridad de la anestesia empezaba a jalarme hacia abajo. Había sobrevivido al pasado, pero al sentir las manos de los médicos sobre mi herida, supe que lo peor apenas estaba por comenzar. El monstruo con escamas se había quedado atrás, pero el monstruo con traje acababa de ganar la partida.

Capítulo 14. La arquitectura de las cenizas

Despertar no fue un regreso glorioso; fue un proceso lento, pegajoso y lleno de náuseas. Lo primero que registré fue el sonido: un pitido electrónico constante, rítmico, que se me clavaba en las sienes como un clavo. Luego, el olor. Ese olor a hospital que es una mezcla de desinfectante barato, látex y el aire viciado de una habitación sin ventanas.

Intenté moverme y el mundo se convirtió en un solo punto de dolor justo en mi abdomen. Gruñí, apretando los dientes, mientras sentía cómo la faja de compresión me cortaba el aire. No era solo el desgarró de la carne; era la sensación de que mis órganos estaban siendo reacomodados por una mano invisible.

—No lo intentes, Helen. Tienes treinta puntos nuevos y una malla sintética que todavía no se lleva bien con tu tejido —la voz de Ríos llegó desde la penumbra. Estaba sentado en un rincón, revisando una tableta. Se veía agotado, con la bata arrugada y el cabello revuelto.

—¿Elena? —mi voz salió como un rasguño, seca y áspera.

—Sedada. Tiene un colapso nervioso, pero físicamente está entera. El Mark IV hizo su trabajo, aunque ahora solo sirva para chatarra —Ríos se acercó y me puso una mano en el hombro, un gesto que en él era casi una anomalía de ternura—. Tienes suerte de estar viva. La presión del anclaje casi te parte por la mitad.

—La suerte no tiene nada que ver con esto, Ríos —susurré, cerrando los ojos.

Me quedé a solas con mis pensamientos durante lo que parecieron horas. La morfina me mantenía en un estado de duermevela donde el ojo del Gorgosaurus se mezclaba con la cara de Mateo. El pasado y el presente estaban colapsando, y yo estaba en el centro, desangrándome.

Unas horas después, la puerta se abrió con un chirrido metálico. No era un médico. Era Salazar. Traía mi teléfono personal en una bolsa de plástico y su rostro era el de un hombre que ha perdido una guerra que él mismo empezó.

—Valdés está celebrando en el nivel 4 —dijo Salazar, dejando el teléfono sobre la mesita de noche—. El sensor del nido está enviando datos de telemetría perfectos. El Comité ya aprobó la primera fase de la unidad de construcción. Eres una heroína, Helen. Una heroína que casi se muere en un charco de lodo.

—Dile a Valdés que se meta su medalla por donde le quepa —respondí, sintiendo cómo el monitor cardíaco aceleraba su ritmo.

—Él no quiere darte una medalla. Él ya tiene lo que quería. —Salazar suspiró y señaló el teléfono—. Tu hermano... Mateo. Ha estado llamando. Iván interceptó un mensaje que llegó anoche. Creo que deberías leerlo antes de que él llegue.

Tomé el teléfono con manos temblorosas. La pantalla estaba rajada, un recuerdo del impacto en el hangar. Abrí el chat.

namiento

“Helen, encontré una caja en el ático. Tiene el nombre de Luis Rivas. Hay fotos tuyas de joven con un hombre que se parece mucho a mí. ¿Por qué su acta de defunción dice que murió el mismo día que el accidente que siempre mencionan papá y mamá? ¿Quién es él, Helen? No me mientas más”.

Sentí que el aire de la habitación se volvía sólido, una masa fría que se me atascaba en los pulmones. El secreto de quince años, esa mentira piadosa que mis padres y yo construimos como un búnker para Mateo, acababa de estallar. No fue una explosión estrepitosa; fue el sonido sordo de algo vital rompiéndose para siempre.

—Él viene hacia acá —dijo Salazar, consultando su reloj con un gesto de derrota—. Valdés le mandó un transporte oficial. Dijo que era cortesía del proyecto para que pudiera ver a su hermana herida.

—Ese maldito infeliz... —Apreté el teléfono hasta que los bordes rajados de la pantalla me cortaron la palma—. Lo hizo a propósito. Mandó a Mateo al ático mientras yo estaba bajo anestesia para que no pudiera defenderme.

—Lo puso contra la pared, Helen. Igual que a ti.

Salazar salió justo antes de que el pasillo escupiera un eco de pasos rápidos. La puerta se abrió de golpe y Mateo entró. Por un segundo, mi cerebro buscó al niño de los dibujos de volcanes, pero solo encontré a un extraño. Tenía los hombros tensos, la mandíbula apretada y una mirada que me recordó, con una crueldad insoportable, a mi hermano Luis cuando se sentía acorralado. Se detuvo a los pies de la cama. No hubo abrazo, ni alivio por verme viva, ni preguntas sobre mi herida. En su mano derecha apretaba un sobre amarillento, con los bordes tan desgastados que parecían a punto de deshacerse.

—¿Me vas a decir la verdad ahora o vas a esperar a que otra de tus fugas de laboratorio te mate? —Su voz no era el tono adolescente que yo conocía; era un sonido afilado, cargado de una madurez que yo nunca quise para él.

—Mateo, por favor, siéntate... —Intenté estirar la mano, pero el tirón de la malla sintética en mi abdomen me robó el aire.

—¡No me pidas que me siente! —gritó, y el monitor cardíaco empezó a pitar en un rojo frenético, marcando mi pulso acelerado como una alarma de incendio—. Pasé toda la noche revisando estos papeles. Luis Rivas. No era tu hermano menor, Helen. Era el mayor. Y este papel dice que tuvo un hijo hace quince años con una mujer llamada Margaret Ramos. Dice que los dos murieron en esa carretera. El mismo día que yo nací.

Me quedé en silencio, sintiendo cómo las lágrimas me quemaban los ojos. No podía sostenerle la mirada porque en la suya veía el rastro de una traición que yo misma había alimentado.

—Los abuelos te adoptaron para que no crecieras solo, Mateo. Queríamos que tuvieras una vida sin fantasmas, una familia que no te doliera.

—¿Los abuelos? —Mateo soltó una risa amarga que se quebró en un sollozo seco—. Toda mi vida les dije papá y mamá. Toda mi vida creí que eras mi hermana mayor, la que me cuidaba de las pesadillas. Me han tratado como a un idiota que no puede soportar la realidad mientras tú te vas a saltar por el tiempo a que te abran la panza. Me han mentido cada vez que se sentaban a cenar conmigo. Eres mi tía, Helen. Mi tía. ¿A qué le tenían tanto miedo? ¿A que supiera que mi padre era real?

—Lo hice por ti —respondí, intentando incorporarme a pesar de los treinta puntos que amenazaban con desgarrarse—. Valdés sabe todo. Me obligó a este último salto para que no les quitara la custodia a los abuelos. Bajé allí para que pudieras seguir con tus libros de geología sin que nadie tocara tu puerta con una orden judicial.

Mateo dio un paso hacia la cama y dejó caer el sobre sobre mis piernas. El peso del papel se sintió como una losa de plomo.

—Valdés no fue el que me miró a los ojos durante quince años y me llamó hermano, Helen. Fuiste tú. Él solo me dio la llave del ático. Ustedes me metieron en una caja de cristal y ahora que se rompió, no sé dónde pararme.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta con una determinación que me heló la sangre.

—¡Mateo, espera! —El grito me arrancó un gemido de dolor físico que me nubló la vista.

Se detuvo en el umbral, pero no se giró.

—Mañana vendré por mis cosas. Me voy a quedar con los abuelos un tiempo. No puedo entrar en esa casa y mirarte a la cara, Helen. No puedo fingir que somos lo que decíamos ser. Ahora solo veo a una extraña que prefiere vivir entre monstruos del pasado antes que decirme la verdad en el presente.

La puerta se cerró. Me quedé sola en la penumbra, rodeada de máquinas que medían mi dolor biológico pero que no tenían forma de registrar el vacío que se me estaba tragando por dentro. El sensor en el Cretácico estaba enviando datos perfectos, Valdés tenía su maldita telemetría y yo había vuelto con vida. Pero mientras miraba el sobre amarillento sobre mis sábanas blancas, entendí que el precio del regreso había sido dismantelar lo único real que me quedaba en la superficie. El pasado ya no era una coordenada en el monitor de Iván. El pasado era un fantasma llamado Luis Rivas que finalmente le había dado caza a Mateo, y yo no tenía ningún rifle de pulso capaz de detener esa colisión.

Capítulo 15. El peso de los apellidos.

El silencio en el ala médica es diferente después de que alguien te rompe el corazón. Ya no es un silencio de calma, es un vacío que zumba, como el de una terminal de salto después de que la energía se disipa. Me quedé mirando el techo, contando las ranuras de la ventilación, mientras sentía cómo el suero me enfriaba el brazo.

Luis Rivas. El nombre de mi hermano se sentía como una piedra en mi boca. Durante quince años, mis padres y yo nos habíamos esforzado en borrar el "Rivas" de la vida de Mateo para que solo existiera el "Rivas" de nuestra familia unida. Una redundancia que creíamos que lo mantendría a salvo. Qué estúpidos fuimos. Pensar que el pasado se puede tapar con más burocracia.

Intenté moverme hacia un lado y la malla sintética de mi abdomen dio un tirón. Solté un jadeo corto. El dolor era real, físico, una recordatorio de que mi cuerpo ya no era una unidad, sino un conjunto de parches intentando no desmoronarse.

La puerta se deslizó sin hacer ruido. Valdés entró. No traía flores ni gestos de cortesía. Traía esa misma sonrisa de vendedor de seguros que acaba de cobrar una póliza por incendio.

—Se ve que el descanso le está sentando bien, Helen —dijo, sentándose en la silla que Mateo había dejado vacía. El aroma de su loción llenó el cuarto, asfixiando el olor a antiséptico—. Aunque la cara de su... sobrino, no decía lo mismo cuando salió de aquí.

—Fuiste tú —dije, y mi voz sonó como si tuviera arena en la garganta—. Tú lo mandaste a buscar esa caja. Tú sabías exactamente qué había en ese ático.

Valdés se encogió de hombros, ajustándose los puños de la camisa. —Digamos que solo aceleré lo inevitable. El chico es inteligente, Helen. Tarde o temprano se iba a dar cuenta de que los registros de Luis Rivas y los tuyos se cruzaban demasiado. Yo solo le di el empujón necesario para que dejara de ser un lastre en su concentración.

—¿Un lastre? —Sentí que la sangre me subía a la cara, ignorando los latidos acelerados del monitor—. Es mi familia. Es lo único real que tengo.

—No, Helen. Lo único real que tiene ahora es este proyecto. —Valdés se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas. Sus ojos eran fríos, calculadores—. Ahora que Mateo sabe la verdad, la amenaza de la fiscalía por la adopción ilegal ha perdido peso emocional, pero ha ganado peso legal. Si usted no coopera con la Fase 2, el Estado no tendrá más remedio que procesar a sus padres por falsificación de documentos oficiales.

—Mis padres son ancianos, Valdés. No aguantarían un juicio.

—Entonces asegúrese de que no lleguemos a eso. —Sacó una tableta y me la puso frente a la cara. En la pantalla, los datos del sensor del nido parpadeaban en un azul eléctrico—. El Gorgosaurus sigue ahí. Protegiendo sus huevos. Los analistas dicen que el comportamiento defensivo que ustedes grabaron es la clave para establecer el perímetro de la base. Quieren que usted diseñe el protocolo de contención.

Miré la pantalla. El animal, el mismo que casi me arranca la cabeza, ahora era solo un gráfico de barras y puntos de calor. Sentí una náusea profunda.

—Elena no va a volver a bajar —dije, mirando a Valdés a los ojos—. Y yo tampoco. Mi cuerpo ya no aguanta otro anclaje.

—Elena hará lo que se le ordene cuando se recupere. Y usted... usted no necesita bajar. Usted va a ser la mente detrás de la unidad de construcción. Va a ser la que garantice que el próximo grupo no termine siendo alimento para la fauna local. —Se levantó, guardando la tableta—. Considérelo su nueva misión. Una forma de pagar la deuda por el silencio de Mateo.

Se dirigió a la puerta, pero se detuvo antes de salir. —Ah, por cierto. Mateo está con sus abuelos. Me tomé la libertad de mandar una patrulla a la casa para "asegurar el perímetro". Ya sabe, ahora que el proyecto es de interés nacional, no podemos arriesgarnos a que nadie de la familia Rivas tenga... accidentes.

La puerta se cerró. Me quedé sola, con el monitor cardíaco pitando como un animal asustado. Estaba atrapada. Valdés no solo tenía mi pasado y el de Mateo; ahora tenía a mis padres como rehenes en su propia casa.

Tomé el teléfono con la mano temblorosa. Tenía un mensaje de mi madre. “Helen, Mateo llegó muy mal. No nos habla. Hay unos hombres de traje fuera de la casa. Dicen que son amigos tuyos. ¿Qué está pasando, hija? Tenemos miedo”.

Cerré los ojos, sintiendo que las lágrimas finalmente se desbordaban. El Cretácico era un lugar de monstruos, sí, pero al menos sabías por dónde venía el ataque. Aquí, en este hospital de alta tecnología, el ataque ya había ocurrido y yo ni siquiera lo había visto venir.

Tenía que encontrar la forma de sacar a mi familia de las manos de Valdés. Pero mientras miraba el vendaje ensangrentado de mi abdomen, supe que para ganar esta guerra iba a tener que volverme tan despiadada como el depredador que casi me mata. Iba a tener que dejar de ser la tía que cuenta cuentos y empezar a ser la Rivas que el gobierno tanto temía.

Capítulo 16. El peso de las cicatrices ajenas

Me quedé mirando la bolsa de suero. Una gota tras otra. Era lo único que me mantenía anclada a la realidad mientras la morfina intentaba llevarme de regreso al lodo del delta. Sentía la malla en mi abdomen como un cuerpo extraño, algo que no era mío pero que ahora dictaba cómo debía respirar. Si inhalaba demasiado profundo, el tejido tiraba. Si no lo hacía, sentía que me ahogaba.

La puerta se deslizó con un roce casi imperceptible.

No era una enfermera. Era Elena. No traía su traje de cerámica ni esa mirada de suficiencia que solía usar como armadura. Vestía la pijama azul del hospital y una bata que le quedaba grande. Se veía pálida, con los hombros hundidos y las manos metidas en los bolsillos, como si tuviera miedo de que, si las soltaba, empezarían a temblar de nuevo.

—No podía dormir —dijo, deteniéndose a los pies de mi cama. Su voz sonaba pequeña, despojada de la estática del intercomunicador.

—Nadie duerme bien aquí, Elena. Siéntate antes de que te caigas.

Se sentó en la silla de metal, la misma donde Mateo me había soltado la verdad horas antes. El silencio se instaló entre nosotras, pero no era ese silencio tenso del entrenamiento. Era un silencio de hospital, pesado y compartido.

—Vi tu informe médico —soltó ella de repente, mirando sus rodillas—. Iván me lo pasó. Casi te vacías ahí abajo por mi culpa, Helen. Si yo no me hubiera quedado trabada con esa piedra... si hubiera sido más rápida...

—No fue tu culpa —la interrumpí, haciendo un esfuerzo por incorporarme un poco. El dolor me dio un aviso en el costado, pero lo ignoré—. Ese animal estaba ahí antes de que llegáramos. El barro es el que manda, Elena. No los cronómetros de Valdés.

Elena levantó la vista. Tenía los ojos inyectados en sangre y las ojeras le marcaban el rostro como sombras permanentes.

—Mi papá me llamó ayer —confesó, y su voz tembló—. El coronel. No me preguntó cómo estaba. Me preguntó si el sensor ya estaba enviando datos. Dijo que "un Rivas y un de la Garza" no podían permitirse fallos técnicos. Cree que esto es como una de sus campañas en la frontera. Cree que soy una extensión de su apellido, nada más.

—Es lo que hacen, Elena. Nos convierten en herramientas para no tener que vernos como personas —dije, sintiendo la rabia fría subiendo por mi cuello—. Mi hermano Luis... el papá de Mateo... él también quería ser el orgullo de la familia. Murió intentando ser el mejor en todo, y lo único que dejó fue un acta de defunción y un niño que ahora me mira como si yo fuera un monstruo.

Elena se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas.

—Valdés me dijo lo de Mateo. Me dijo que te tenía "asegurada" gracias a él. —Me miró con una mezcla de lástima y camaradería—. Helen, yo no sabía. Si hubiera sabido que te estaba obligando a bajar por eso...

—No importa. Ya pasó. El problema es que Mateo ya lo sabe. Encontró las fotos de Luis en el ático. Se dio cuenta de que el apellido Rivas no cuadraba con la historia que le contamos. — Me pasé una mano por la cara, sintiendo la piel reseca—. Se fue con mis padres. Valdés tiene a la policía fuera de la casa, "cuidándolos". Están atrapados por mi culpa.

Elena se quedó callada un momento. Estiró la mano y, por primera vez, me tocó. Sus dedos estaban helados sobre mi brazo.

—A mí también me borraron, Helen —susurró—. No solo en el proyecto. Mi mamá se fue cuando yo tenía seis años. Mi papá borró todas sus fotos, quemó su ropa, nos prohibió decir su nombre. Crecí creyendo que ella nunca había existido, que yo era solo el resultado de un entrenamiento militar desde la cuna. Hasta que encontré una carta suya, escondida en un libro de estrategia de mi padre. Ella no se fue porque no me quisiera; se fue porque él la estaba destruyendo.

La miré, sorprendida. Elena, la chica perfecta, la sucesora de acero, estaba ahí, rompiéndose frente a mí.

—Por eso acepté este trabajo —continuó ella, y una lágrima le resbaló por la mejilla—. Pensé que si podía viajar al pasado, si podía ir a un lugar donde nadie me conociera, podría ser invisible. Podría dejar de ser la hija del coronel. Pero Valdés me encontró igual. El pasado no te esconde, Helen. Solo te hace más fácil de rastrear.

—Lo sé —respondí, apretándole los dedos con la poca fuerza que tenía—. Mateo me dijo que Valdés le dio la llave del ático. Él quería que yo fuera la que le diera la noticia, quería ver cómo nos despedazábamos. Es un sádico, Elena. Disfruta viendo cómo la gente se rompe bajo el peso de sus propias mentiras.

—No dejes que gane —dijo Elena, secándose la cara con el dorso de la mano. Sus ojos recobraron un poco de ese brillo que vi en el delta—. Él cree que nos tiene divididas. Cree que tú eres el cerebro herido y yo soy el músculo asustado. Pero tú me enseñaste a ser invisible allá abajo. Enséñame a serlo aquí arriba.

Me quedé pensando en sus palabras. El dolor de mi abdomen parecía ceder un poco ante la adrenalina de la idea. Valdés nos estaba vigilando, sí. Tenía los micrófonos, las cámaras, los guardias. Pero él no entendía algo básico de la supervivencia: cuando estás en el barro, el que tiene al lado es tu única realidad.

—Mateo no me habla, Elena —dije, con el corazón apretado—. Cree que lo traicioné. Y quizás tenga razón. Pero no voy a dejar que Valdés lo use como un peón. Si él quiere una unidad de construcción, se la vamos a dar. Pero no la que él espera.

—¿Qué tienes en mente?

—Iván —respondí—. Él sabe cómo funcionan las frecuencias de la Fase 2. Si logramos que él nos ayude a puentear la señal, quizás pueda hablar con Mateo sin que Valdés lo escuche. Y tú... tú necesitas empezar a actuar como si tuvieras miedo de volver a bajar.

Elena asintió, una pequeña sonrisa amarga apareciendo en sus labios. —Eso no será difícil de actuar, Helen.

Nos quedamos allí, en la penumbra, hablando durante horas. Me contó de sus veranos en los campamentos militares, del frío de las montañas y de cómo aprendió a disparar antes de aprender a bailar. Yo le conté de Mateo cuando era bebé, de cómo Luis Rivas le enseñaba a identificar piedras en el jardín y de la promesa que hice frente a su tumba: que ese niño nunca tendría que sentir el peso de nuestra sangre.

Por primera vez en meses, no me sentí como una "instructora" o un "activo". Me sentí como Helen Rivas. Y Elena, a mi lado, dejó de ser un proyecto para convertirse en una aliada.

Cuando se levantó para irse, porque la luz del pasillo empezaba a cambiar anunciando la ronda de la mañana, se detuvo en la puerta.

—Helen —dijo, sin girarse—. Gracias por decirme la verdad. A veces es lo único que nos queda cuando todo lo demás es mentira.

—Descansa, Elena. El lunes empieza el verdadero entrenamiento.

La puerta se cerró y el silencio regresó. Pero esta vez, el zumbido de la ventilación ya no me contaba pecados. Me contaba planes. Valdés creía que me tenía acorralada en una cama, pero no sabía que me acababa de dar a la mejor compañera de trinchera que podía pedir.

Miré el teléfono roto en la mesita. Mateo, Luis, mis padres... todo estaba en juego. Pero ahora, bajo el efecto de los analgésicos y la compañía de Elena, el miedo ya no era una parálisis. Era un motor.

Iba a recuperar a mi familia, aunque tuviera que quemar el Proyecto Alfa hasta los cimientos.

Capítulo 17. La mecánica de la obediencia

La sala de rehabilitación era un espacio gélido en el Nivel 2, decorado con máquinas de resistencia hidráulica que parecían instrumentos de tortura de la Fase 2. El olor a caucho quemado y desinfectante se me pegaba a la garganta. Estaba de pie, o intentándolo, sujeta a dos barras paralelas de acero mientras Ríos observaba una tableta con esa impasibilidad que me daban ganas de gritar.

—Un paso más, Helen. Apoya el talón, luego la punta. Deja que la malla trabaje —dijo Ríos sin levantar la vista.

Hice el esfuerzo. Sentí un tirón seco en el abdomen, como si alguien me estuviera clavando un anzuelo desde adentro y tirara hacia arriba. Solté un gruñido, apretando las barras hasta que mis nudillos se pusieron blancos. El sudor me bajaba por las sienes, frío y pesado. Mi cuerpo ya no era una herramienta de rastreo; era un rompecabezas mal armado que se negaba a encajar.

—Esta porquería me está quemando, Ríos —jadeé, deteniéndome para recuperar el aire.

—Es el tejido cicatrizando alrededor del compuesto sintético. Si no te mueves, se volverá rígido y nunca volverás a caminar erguida. —Ríos finalmente me miró, y por un segundo, la máscara de médico se agrietó—. Valdés quiere un informe de progreso mañana. Quiere saber si estarás lista para supervisar el despliegue de la maquinaria pesada en el sector B.

—Dile que estoy lista para morirnos todos —respondí, sintiendo cómo el temblor de mis piernas subía por mis muslos—. Dile que el Cretácico no se pavimenta con buenas intenciones.

En ese momento, la puerta se abrió y entró Iván. Traía una caja de herramientas y ese aire de distracción permanente que usaba para camuflarse. Se acercó a una de las consolas de biometría, fingiendo que necesitaba ajustar unos cables. Su presencia era como una señal de radio en medio de una tormenta.

—Iván, qué bueno que vienes —dijo Ríos, ajustándose las gafas—. El sensor de pulso de la barra izquierda está dando lecturas erráticas. Revísalo mientras termino con Helen.

Iván asintió, agachándose cerca de mis pies. Ríos se alejó unos metros para atender una llamada en el intercomunicador de la pared, dándonos el espacio justo. Fue un segundo, una ventana de tiempo que Valdés seguramente tenía grabada, pero Iván sabía cómo jugar con el ruido de fondo.

—La red está blindada, Helen —susurró Iván, golpeando rítmicamente la base de la barra con una llave inglesa para enmascarar su voz—. Valdés tiene un espejo de cada mensaje que sale de aquí. Pero encontré una brecha en el servidor de mantenimiento de las cámaras de seguridad de la casa de tus padres.

Sentí que el corazón me daba un vuelco. —¿Mateo? —pregunté, fingiendo un jadeo por el esfuerzo del ejercicio.

—Él está bien. Se la pasa en el jardín, mirando el cielo. No entra a la casa si no es para dormir.

—Iván levantó la vista un segundo; sus ojos estaban inyectados en sangre por la falta de sueño—. Instalé un puente de audio en el intercomunicador de la puerta trasera. Si logras llegar a la consola de la sala de comunicaciones a las tres de la mañana, puedo darte dos minutos. Solo dos.

—Gracias, Iván. No sabes lo que...

—No me des las gracias —me cortó, volviendo a su tarea—. Si nos pescan, el Cretácico va a ser un paraíso comparado con lo que Valdés nos va a hacer. Él ya sabe que Elena estuvo en tu habitación anoche.

Me quedé helada. La vigilancia no era solo electrónica; era total.

Poco después, Elena entró en la sala. Venía con su uniforme de entrenamiento, pero se movía con una pesadez que delataba sus costillas fisuradas. Se acercó a las barras paralelas, colocándose enfrente de mí. Iván terminó su "reparación" y se retiró con una inclinación de cabeza. Ríos volvió a nuestro lado.

—Vengo a ayudar con la movilización —dijo Elena, mirando a Ríos—. El manual dice que el apoyo entre activos acelera la recuperación propioceptiva.

Ríos dudó, pero terminó asintiendo. Me soltó y Elena dio un paso al frente, agarrándome por los antebrazos. Sus manos estaban firmes, un anclaje de carne y hueso en medio de tanto metal.

—Tenemos que dar el espectáculo —me susurró Elena al oído mientras me ayudaba a dar un paso—. Valdés está mirando desde el nivel 4. Iván me dijo lo del puente de audio. Yo te cubriré la salida a las tres.

Caminamos juntas, paso a paso, por el pasillo de rehabilitación. Para cualquiera que mirara por las cámaras, éramos dos soldados recuperándose. Pero por dentro, estábamos tejiendo una red de traición. Le conté, entre jadeos de dolor, lo que Mateo había descubierto. Le hablé de Luis Rivas, de la caja en el ático y de cómo el apellido que yo tanto quería proteger se había convertido en el grillete que nos mantenía aquí.

—Mi padre el coronel dice que el apellido es el destino —dijo Elena, forzándome a dar otro paso—. Pero allá abajo, en el barro, a nadie le importa si eres una Rivas o una de la Garza. Solo importa si sabes dónde pisar.

—Mateo no lo entiende así —respondí, sintiendo una lágrima de frustración quemarme la mejilla—. Él siente que su vida entera es un borrador que yo escribí para él.

—Dásela de vuelta, Helen. Dale la verdad completa a las tres de la mañana. Es lo único que puede sacarlo del jardín.

Terminamos la sesión agotadas. Elena me ayudó a sentarme en la silla de ruedas, secándome el sudor de la frente con una toalla. Ríos se acercó con una jeringa de analgésicos, pero la rechacé. Necesitaba tener la cabeza clara para la madrugada. Necesitaba sentir el dolor para recordar por qué seguía viva.

Al salir de la sala, nos cruzamos con Valdés en el pasillo. Se detuvo, observándonos con esa curiosidad obscena.

—Vaya, qué conmovedor —dijo, cruzando los brazos—. Las dos heroínas de la Fase 2, apoyándose mutuamente. Espero que ese entusiasmo se mantenga cuando empecemos a bajar los contenedores de carga. El sensor del nido dice que la actividad de los Gorgosaurus está aumentando. Parece que los huevos están por romperse.

—Ellos protegen lo suyo, Valdés —dije, mirándolo desde mi silla—. Debería aprender algo de eso.

Valdés soltó una carcajada seca, un sonido que resonó en las paredes de hormigón. —Yo protejo mis inversiones, Helen. Y ustedes son la mejor que tengo. Descansen. Mañana será un día largo.

Regresé a mi habitación con el alma en un hilo. El reloj de la pared marcaba las siete de la tarde. Tenía ocho horas para prepararme, para engañar a los sensores de movimiento y para intentar, por fin, hablar con el enano. El pasado de Luis Rivas estaba ahí fuera, esperando a ser explicado, y yo solo tenía dos minutos para intentar salvar lo que quedaba de nuestra familia antes de que Valdés terminara de cerrarnos la jaula.

Capítulo 18. Dos minutos de verdad

El reloj digital de la pared de mi habitación marcaba las 02:47. En la penumbra, los números rojos parecían flotar en el aire como brasas. Me quedé inmóvil, escuchando el ritmo de mi propia respiración, que se sentía corta y superficial. Cada vez que inhalaba, la malla sintética en mi abdomen me recordaba que mi cuerpo ahora era propiedad de un laboratorio. El dolor no era una punzada; era una presión constante, un peso que intentaba doblarme hacia adelante, como si los puntos de sutura estuvieran hechos de alambre de espino.

Me senté en el borde de la cama. El esfuerzo me hizo apretar los dientes con tanta fuerza que el cuello me dolió. Mis pies tocaron el suelo frío y un escalofrío me recorrió la espalda. No podía usar la silla de ruedas; el zumbido de los motores delataría mi posición en los pasillos vacíos. Tenía que caminar.

A las 02:55, la puerta de mi habitación se deslizó un par de centímetros. Fue un movimiento casi imperceptible, la señal de Iván de que el bucle de las cámaras del pasillo central estaba activo. Me puse la bata del hospital sobre el pijama azul y me aferré a la pared para no caer. Cada paso era una negociación: un centímetro de avance por un gramo de agonía.

Llegué al pasillo. Las luces estaban al 10% de su capacidad, bañando el hormigón de un tono grisáceo que hacía que el búnker pareciera una tumba. A lo lejos, escuché el eco de unas botas contra el suelo. Me pegué a un nicho de suministros médicos, conteniendo el aliento. Mi pulso golpeaba en mis oídos, una percusión errática que el monitor que dejé en la habitación seguramente estaría registrando. Si Ríos miraba su tableta ahora, vería una línea plana de frecuencia cardíaca o un error de sensor. Con suerte, Elena estaría haciendo suficiente ruido en su habitación para distraer al personal de guardia.

Llegué a la Sala de Comunicaciones del Nivel 2. Era un espacio pequeño, atiborrado de servidores que emitían un calor húmedo y un zumbido constante. Iván había dejado una luz azul parpadeando en la consola 04.

Me senté frente a la pantalla, sintiendo que el mundo me daba vueltas. Mis manos temblaban mientras buscaba la frecuencia de puente que Iván había diseñado. En la pantalla aparecieron las líneas de interferencia de la cámara del jardín de mis padres. El color era granuloso, verde oscuro, pero ahí estaba: la silueta de Mateo sentado en los escalones de la entrada trasera, con los hombros hundidos. Detrás de él, en la calle, el brillo de las balizas de una patrulla de seguridad nacional confirmaba nuestra jaula.

Presioné el icono del intercomunicador. El cronómetro en la esquina inferior empezó a descontar: 02:00.

—¿Mateo? —susurré. El sonido de mi propia voz, filtrado por el sistema, me pareció el de una extraña.

En la pantalla, el chico dio un salto. Miró hacia el pequeño altavoz de la pared, justo encima de la puerta. Se levantó despacio, con esa torpeza de los adolescentes que han crecido demasiado rápido para sus propios huesos.

—¿Helen? —su voz llegó con un siseo de estática, pero pude notar el nudo en su garganta—. ¿Cómo... cómo estás hablando por aquí? Hay unos tipos en una camioneta afuera. Dicen que no podemos usar el teléfono.

—Escúchame, enano. No tengo mucho tiempo. Iván hizo un truco con la señal —me incliné hacia el micrófono, ignorando el tirón violento en mis costillas—. Perdóname. Perdóname por las fotos, por los secretos... por no haber tenido el valor de decirte que Luis Rivas no era solo un nombre en una tumba.

Mateo se acercó al intercomunicador. Su rostro estaba a centímetros de la cámara oculta. Pude ver sus ojos, brillantes por las lágrimas que no quería soltar frente a los guardias.

—¿Por qué, Helen? —preguntó, y la palabra dolió más que la cicatriz—. ¿Por qué dejar que pensara que eras mi hermana? ¿Por qué ocultar que mi papá era un Rivas? ¿A qué le tenían tanto miedo?

—Al eco de la sangre, Mateo —respondí, y sentí una lágrima caliente resbalar por mi mejilla—. Luis era... era brillante, pero también era imprudente. Los abuelos querían que tú fueras diferente. Querían que el apellido Rivas no fuera una carga, sino un comienzo limpio. Y yo... yo solo quería que tuvieras una vida donde no tuvieras que mirar atrás con miedo.

—Pero tú siempre miras atrás, Helen. Te vas a ese lugar horrible y vuelves rota. —Mateo golpeó la pared de madera con el puño, un sonido seco que el micrófono captó con nitidez—. Ese hombre, Valdés... me dijo que tú estás allá por mi culpa. Que si no hacías lo que él decía, yo terminaría en un reformatorio. ¿Es verdad?

01:12. El tiempo se me escapaba entre los dedos.

—Él usa la verdad como si fuera un arma, Mateo. Pero no estás ahí por tu culpa. Yo estoy aquí porque tomé decisiones hace mucho tiempo. Pero escucha bien: no dejes que te convenza de que eres una pieza de cambio. Eres un Rivas. Tienes la inteligencia de tu padre y la fuerza de los abuelos.

—No quiero ser un Rivas si eso significa vivir escondido —dijo Mateo, y por primera vez, su voz tuvo una firmeza que me recordó a Salazar—. Helen, los abuelos están asustados. Papá... el abuelo... no deja de mirar por la ventana. Dice que esos hombres no están para cuidarnos, sino para vigilarnos.

—Lo sé. Por eso necesito que confíes en mí una última vez. No le digas a nadie que hablamos. Mañana, Valdés va a intentar hablar contigo otra vez. Te va a prometer cosas, te va a decir que yo estoy bien. Solo asiente. No le des nada, Mateo. Ni una sola emoción.

—¿Cuándo vas a volver a casa?

00:34.

—Pronto. Te lo prometo. Y cuando vuelva, no habrá más cajas en el ático. Te voy a contar todo: quién era Luis, cómo era tu mamá, por qué el barro del pasado es tan difícil de quitar. Todo.

—Tengo miedo, Helen —confesó él, bajando la cabeza.

—Yo también, enano. Pero el miedo solo es útil si te mantiene alerta. Quédate cerca de los abuelos. Y recuerda que te quiero, sin importar lo que digan los papeles de adopción. Eres mi familia. Siempre lo has sido.

00:10.

—Te quiero, tía —dijo Mateo. La palabra "tía" sonó extraña, pesada, pero real. Un reconocimiento de la verdad que Valdés no pudo ensuciar.

La pantalla se fue a negro. El puente de audio se cortó con un chasquido sordo. Me quedé sentada en la oscuridad de la sala de servidores, con el corazón martilleando contra la malla sintética. Me dolía todo el cuerpo, un dolor sordo y profundo que me nublaba la vista, pero sentía una ligereza extraña en el pecho. Le había dicho la verdad. O al menos, el comienzo de ella.

Me levanté de la silla, apoyándome en la consola para no desplomarme. El regreso a la habitación fue un calvario. Cada metro de pasillo se sentía como un kilómetro. En una esquina, vi la silueta de Elena apoyada contra una columna. No se movió, solo me hizo una seña rápida con la mano. Había cumplido su parte; el personal de guardia estaba ocupado revisando una "falla" en el sistema de agua de su habitación.

Entré en mi cuarto a las 03:14. Me dejé caer en la cama, gimiendo por el esfuerzo de levantar las piernas. El monitor cardíaco seguía emitiendo su pitido rítmico, ajeno a la tormenta que acababa de ocurrir a través de un cable de fibra óptica.

Miré por la pequeña ventana de cristal reforzado que daba a los niveles inferiores. Allá abajo, el Proyecto Alfa seguía respirando, preparando la maquinaria para colonizar el pasado. Valdés creía que me tenía atada por Mateo, pero no entendía que la verdad, una vez que sale, ya no se puede volver a embotellar.

Cerré los ojos, sintiendo cómo la fatiga me arrastraba hacia un sueño sin imágenes. Por primera vez en meses, no soñé con el Gorgosaurus ni con el barro. Soñé con un jardín, con un mapa topográfico y con un chico de quince años que acababa de aprender que su nombre, Rivas, era algo que nadie, ni siquiera un gobierno con máquinas del tiempo, le podía arrebatarse.

Mañana, Valdés vendría por su "colaboración". Pero mañana, Helen Rivas ya no sería la misma mujer que entró en ese hospital. Ahora tenía una razón más grande que la supervivencia para luchar: tenía una deuda de sangre que saldar, y el tiempo, ese viejo usurero, estaba a punto de ver cómo una Rivas jugaba sus propias cartas.

Capítulo 19. El nido de las máquinas

La luz del lunes entró en la habitación de la misma forma que el resto de los días: fría, blanca y sin alma. Pero para mí, el aire se sentía distinto. Ya no era el oxígeno reciclado de un laboratorio; era el peso de una verdad que ya no tenía que cargar sola. Mateo sabía quién era yo. Y aunque me dolía su distancia, esa herida era mucho más limpia que la podredumbre de la mentira de Valdés.

Ríos entró temprano. No traía la tableta, sino un equipo de ultrasonido portátil. Sus movimientos eran mecánicos, rápidos. Me levantó la bata con cuidado y pasó el transductor por encima de la faja. El frío del gel me hizo dar un respingo que me arrancó un gemido sordo.

—La malla está aguantando, Helen. Pero tienes una inflamación severa en el peritoneo —dijo, mirando la pantalla granulada—. Si sigues forzando la marcha como lo hiciste anoche, vas a terminar con una infección que ni la morfina va a poder tapar.

Me quedé callada, mirando el monitor. Las sombras grises de mi interior no me decían nada, pero los ojos de Ríos sí. Él sabía que yo no me había quedado quieta.

—¿Cuándo me dan el alta? —pregunté.

—Valdés ya firmó tu traslado al hangar de ingeniería para las once de la mañana. Dice que no necesitas caminar para dar órdenes. Te van a mover en una silla eléctrica con soporte lumbar. Básicamente, te vas a convertir en una pieza más del equipo de construcción.

Ríos limpió el gel de mi piel con una toalla de papel y me ayudó a bajarme la ropa. Se detuvo un momento, mirándome de frente.

—Ten cuidado, Helen. Valdés está de un humor extraño. Anoche hubo un reporte de "ruido en la línea" en el sistema de comunicaciones. Iván está bajo investigación interna. No eres la única que está arriesgando el cuello por ese niño.

Sentí un vacío en el estómago. Iván. Si Valdés llegaba a él, mi última conexión con el mundo exterior se cortarían.

A las once, dos guardias de seguridad nacional me escoltaron hasta el Nivel 4. El hangar de ingeniería era un hervidero de actividad. Ya no había rastro de la elegancia corporativa de la Fase 1; ahora parecía una fábrica de guerra. En el centro, rodeados de andamios de fibra de carbono, estaban los drones de construcción: máquinas de seis patas, del tamaño de un coche compacto, equipadas con taladros térmicos y soldadoras de plasma.

Valdés estaba en la plataforma superior, hablando con un grupo de ingenieros que vestían uniformes grises con el logo del Proyecto Alfa. Cuando me vio llegar en la silla, bajó las escaleras con esa parsimonia que me revolvía las entrañas.

—Bienvenida a la Fase 2, Helen —dijo, extendiendo los brazos como si fuera el dueño del mundo—. Estos pequeños amigos son los que van a pavimentar el futuro. Vamos a bajar seis unidades de construcción y una base modular de soporte vital.

—Es demasiada masa para un solo anclaje, Valdés —respondí, sintiendo cómo el soporte lumbar de la silla me presionaba la herida—. El campo de anclaje se va a volver inestable. Si una de esas máquinas se desvía un metro, va a aplastar el nido o a Elena.

—Elena ya no es el centro de la misión. Ella solo es la escolta. —Valdés se inclinó hacia mí, bajando la voz—. Los drones están programados para identificar la firma de calor del Gorgosaurus y emitir una frecuencia ultrasónica que los mantendrá alejados doscientos metros. Es ciencia, Helen. No necesitamos tus "instintos de rastreadora" para esto.

—La ciencia no sirve de nada si el animal decide que el ruido le da dolor de cabeza y decide embestir la máquina —dije, mirando los drones—. ¿Y Mateo? Dijiste que los papeles estarían seguros si yo colaboraba.

Valdés sonrió, pero sus ojos permanecieron fríos como el mármol. —Los papeles están en mi escritorio. Y la patrulla sigue en la puerta de tu casa, asegurándose de que el joven Rivas no cometa ninguna imprudencia. —Me puso una mano en el hombro, una presión que se sintió como una amenaza—. Haz que estos drones funcionen en el terreno, Helen. Enséñales a los operadores dónde están los puntos ciegos del delta. Si lo haces bien, quizás para el viernes Mateo pueda recibir una llamada tuya desde la oficina oficial.

Me llevaron a una de las estaciones de control. Elena ya estaba allí, sentada frente a un simulador táctico. Llevaba una venda elástica que se asomaba por el cuello de su camiseta. Cuando nuestras miradas se cruzaron, vi la determinación que habíamos pactado en la enfermería. Ella ya no era la alumna; era la espía.

—Iniciando carga de datos del sensor 01 —anunció la voz de Iván por los altavoces. Se veía pálido detrás del cristal de la sala de servidores, pero evitó mirarme directamente.

En la pantalla principal, apareció la imagen del nido. Era una transmisión térmica de alta definición. El Gorgosaurus hembra estaba echada sobre el montículo. Pero algo estaba mal. La mancha de calor no era constante; tenía pulsaciones rápidas, erráticas.

—Está estresada —susurré, moviendo el joystick de la cámara con cuidado—. Mira el movimiento de la cola. Está barriendo el perímetro.

—Son los drones de exploración —dijo uno de los ingenieros—. Hemos estado enviando unidades pequeñas para mapear el terreno de cimentación.

—¡Están provocándola! —exclamé, sintiendo un tirón en mi abdomen al intentar incorporarme—. Si siguen enviando metal a su zona de seguridad, cuando bajen los drones de construcción, ella no va a huir. Va a pelear hasta que no quede un solo tornillo en pie.

—La frecuencia ultrasónica la mantendrá a raya, instructora —replicó el ingeniero con suficiencia—. Los modelos matemáticos no fallan.

Miré a Elena. Ella sabía, igual que yo, que los modelos matemáticos no incluían el olor de la sangre o el instinto de protección de una madre. Valdés estaba construyendo un matadero de alta tecnología y nosotras éramos las únicas que sabíamos que la puerta estaba a punto de cerrarse.

Pasé las siguientes cinco horas revisando planos de cimentación y trayectorias de salto. El dolor se volvió un compañero silencioso, un ruido de fondo que me ayudaba a mantenerme enfocada. Cada vez que Valdés se alejaba, Iván me enviaba breves destellos de información en mi monitor secundario: mapas de la red interna, códigos de acceso a los drones.

A las ocho de la noche, me llevaron de vuelta a mi habitación. El complejo estaba en un silencio tenso, el tipo de silencio que precede a una tormenta. Antes de entrar, Elena se acercó a mi silla, fingiendo que me ayudaba con la manta de las piernas.

—Iván encontró algo —me susurró al oído—. Los drones no solo tienen sensores de construcción. Tienen compartimentos sellados. Valdés está bajando algo más, Helen. Algo que no está en el inventario oficial.

Sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con el aire acondicionado. —¿Qué cosa?

—No lo sabe todavía. Pero el peso no coincide con el equipo de soporte vital. —Elena me miró con una seriedad que me heló la sangre—. Creo que no van a construir una base, Helen. Creo que van a intentar capturar algo.

La puerta de mi habitación se cerró. Me quedé sola en la penumbra, con el mensaje de Mateo grabado en mi memoria y la sospecha de Elena quemándome la cabeza. Valdés nos había mentado a todos. El Proyecto Alfa no era una colonización; era una cacería de trofeos a gran escala. Y Mateo, mis padres y nosotras éramos solo el cebo.

Tomé el control de la cama y la recliné. Miré mi abdomen vendado. La malla tiraba, recordándome que el tiempo se estaba acabando. Si Valdés bajaba ese equipo oculto, el equilibrio del pasado se rompería para siempre, y el eco de ese desastre nos alcanzaría a todos en el presente. Tenía que hablar con Iván. Tenía que advertir a Mateo. Pero sobre todo, tenía que encontrar la forma de que ese Gorgosaurus no fuera la única que peleara por su nido.

Capítulo 20. El cargamento del engaño

El hangar de ingeniería nunca duerme, pero a las tres de la mañana tiene un eco diferente. Las luces de alta potencia se atenúan, dejando paso a un resplandor azulado y frío que hace que las máquinas parezcan esqueletos de acero esperando a cobrar vida. Me encontraba en mi silla eléctrica, con el control de mando sudado bajo mi mano derecha. La malla en mi abdomen me enviaba punzadas rítmicas, un recordatorio de que cada respiración profunda era un lujo que todavía no podía permitirme.

Iván estaba encorvado sobre la consola del Dron 04, el que Elena había señalado como "anómalo". Sus dedos volaban sobre el teclado, pero sus ojos no dejaban de vigilar la puerta de acceso al nivel de seguridad.

—Date prisa, Iván —susurré, sintiendo cómo el frío del hangar se me filtraba por la bata del hospital—. Si Valdés se entera de que estamos auditando el manifiesto de carga fuera de horario, no habrá pretexto que nos salve.

—Estoy en ello, Helen. Pero el firewall de ingeniería no es como el de biometría. Este tiene protocolos de Seguridad Nacional —Iván soltó un bufido de frustración y golpeó la mesa con el lateral del puño—. Aquí está. Bloque de masa 04-B. Según el inventario oficial, son paneles de soporte vital. Filtros de aire, reguladores de presión.

—Pero el peso no cuadra —dije, acercando mi silla a la pantalla—. Elena dice que la suspensión hidráulica del dron está comprimida al 85%. Los filtros de aire no pesan tanto.

Iván tecleó una secuencia de anulación y la pantalla mostró un escaneo de densidad por rayos X. La imagen era granulada, pero clara. En el centro del compartimento sellado no había paneles planos. Había una estructura cilíndrica, reforzada con plomo y tungsteno, rodeada de tubos de refrigeración criogénica.

—Eso no es soporte vital —dije, sintiendo que la sangre se me helaba—. Es un tanque de contención.

—Y mira esto —Iván señaló una serie de inyectores automáticos integrados en las patas delanteras del dron—. No son para cimentación, Helen. Son dardos neumáticos de gran calibre. Tienen capacidad para disparar sedantes de acción rápida... o toxinas paralizantes.

Me quedé mirando la pantalla en silencio. La verdad cayó sobre mí con el peso de una montaña. Valdés no quería construir una base científica. No quería pavimentar el pasado para la posteridad. Quería un zoológico privado o, peor aún, una fuente de recursos biológicos para experimentos militares. Querían capturar a la hembra de Gorgosaurus. O peor, querían los huevos.

—Quiere el material genético puro —susurré, y la náusea me revolvió el estómago—. Por eso nos mandó a instalar el sensor de profundidad. No era para estudiar el terreno, era para rastrear el ciclo de eclosión. Quiere los huevos antes de que rompan, o quiere a la madre viva para extraerle muestras.

—Si bajamos esas máquinas y activan los inyectores, el delta se va a convertir en una zona de guerra —dijo Iván, mirándome con puro terror—. Helen, si ese animal se siente acorralado, no habrá base modular que resista su embestida. Va a destruir el portal desde el otro lado.

—O algo peor —añadí—. Si el anclaje de masa se rompe mientras el dron está intentando capturarla, podríamos traernos algo al presente que no sabemos cómo controlar.

La puerta del hangar se abrió con un estruendo metálico. Valdés entró, seguido de dos guardias de seguridad nacional. No se veía sorprendido de vernos allí; se veía satisfecho, como un cazador que acaba de encontrar a su presa exactamente donde puso la trampa.

—La curiosidad es un rasgo genético muy persistente en los Rivas, ¿no crees, Helen? —Valdés caminó hacia nosotros, sus pasos haciendo un eco autoritario en el hormigón—. Tu hermano Luis también solía husmear donde no debía. Por eso terminó como terminó.

Sentí que la rabia me nublaba la vista. Intenté levantarme de la silla, pero el tirón en mi abdomen fue tan violento que volví a caer, jadeando de dolor.

—¿Qué pretendes, Valdés? —escupí las palabras, sintiendo el sabor a sangre en mi lengua—. Ese tanque no es para filtros de aire. Vas a intentar capturarla, ¿verdad? Vas a traer algo de hace sesenta millones de años a un búnker que no está diseñado para eso.

—No es una captura, Helen. Es una "recolección estratégica" —Valdés se detuvo frente a la consola de Iván y cerró la pantalla de un manotazo—. El Comité está cansado de mirar fotos y leer informes. Quieren ver el potencial biológico del Proyecto Alfa. Imagina lo que la medicina moderna podría hacer con el sistema inmunológico de un depredador que sobrevive en un ambiente con 30% más de oxígeno y una carga bacteriana mil veces superior a la nuestra.

—Vas a matarnos a todos —dijo Iván, con la voz temblorosa.

—Voy a hacernos inmortales —respondió Valdés, mirando a Iván con desprecio—. Y tú, ingeniero, vas a asegurarte de que el anclaje sea lo suficientemente estable para traer el tanque de vuelta el viernes. Si no lo haces, bueno... creo que la patrulla que está en la casa de los Rivas tiene órdenes de realizar una "inspección de seguridad" muy rigurosa en el cuarto de Mateo.

El silencio que siguió fue absoluto. Valdés nos tenía. Tenía los datos, tenía la tecnología y tenía a nuestras familias como escudo. Me miró una última vez, con una sonrisa que no era humana.

—El primer salto de construcción es en seis horas, Helen. Elena ya está en la cámara de inducción. Tú vas a supervisar la telemetría. Asegúrate de que esos drones lleguen al nido. Porque si falla la misión, el primero en sufrir las consecuencias no será el Gorgosaurus. Será tu enano.

Valdés salió del hangar con sus guardias. Iván se dejó caer en su silla, escondiendo la cara entre las manos. Yo me quedé allí, sentada en mi silla eléctrica, sintiendo cómo la malla de mi abdomen vibraba con el ritmo de mi corazón acelerado.

Habíamos descubierto el cargamento del engaño, pero ahora el conocimiento era nuestro grillete más pesado. Tenía seis horas para pensar en algo. Seis horas para hablar con Elena y planear un sabotaje que no terminara con la muerte de Mateo.

Miré hacia la plataforma de salto, donde el aire ya empezaba a cargarse de electricidad estática. El pasado estaba a punto de ser invadido por la codicia del presente, y yo, la chica que siempre volvía, tenía que encontrar la forma de que, esta vez, el monstruo que volviera fuera el correcto.

Capítulo 21. La frecuencia de la insurgencia

El hangar de salto a las 09:00 am era una sinfonía de pesadilla. El aire estaba tan cargado de electricidad estática que el vello de mis brazos se mantenía erguido bajo la bata, y el sabor metálico del ozono era tan fuerte que casi podía masticarlo. Estaba sentada en la silla de control, con los dedos aferrados a los descansabrazos para que nadie notara el temblor de mis manos. Cada vez que el compresor de partículas rugía, la vibración me atravesaba el abdomen, recordándome con una punzada de fuego que mi cuerpo seguía siendo un campo de batalla de carne y malla sintética.

Frente a mí, la plataforma de inducción sostenía seis drones de construcción y, en el centro, a Elena. El Mark IV blanco, ahora reforzado con placas de tungsteno, la hacía ver como una deidad de guerra antigua. Detrás de su visor, sabía que sus ojos buscaban los míos, buscando ese anclaje que habíamos pactado en la penumbra de la enfermería.

—Sincronización de biometría al 100% —anunció la voz de Iván. Su tono era plano, desprovisto de emoción, la máscara perfecta—. El torque magnético está estable. Iniciando secuencia de envío en T-minus sesenta segundos.

Valdés estaba a mi derecha, de pie sobre la pasarela, con las manos entrelazadas a la espalda. Su mirada no estaba en Elena, sino en las cajas de carga selladas de los drones. Aquellos cilindros de plomo que ocultaban los dardos de toxinas y el tanque criogénico. Él ya no veía a un equipo de exploración; veía un inventario de trofeos.

—Disfruta la vista, Helen —susurró Valdés, inclinándose hacia mí—. Hoy es el día en que dejamos de ser turistas y nos convertimos en dueños del tiempo.

—Ser dueño de algo que no te pertenece tiene un precio, Valdés —respondí sin mirarlo—. Y el tiempo siempre cobra con intereses.

—Autorización de salto recibida —gritó un técnico desde la consola inferior.

El hangar desapareció en un estallido de luz blanca y un vacío súbito que me succionó el aire de los pulmones. Durante un segundo eterno, el monitor cardíaco de mi silla pitó una frecuencia de emergencia. Mi abdomen dio un vuelco; sentí que la malla se estiraba hasta el límite, amenazando con desgarrar el tejido recién cosido. Apreté los dientes, aguantando el grito, hasta que la pantalla principal se llenó de vida.

Regresamos al delta. Pero esta vez, la imagen no era granulada. Los drones desplegaron cámaras de 8K que captaron cada detalle del nido del Gorgosaurus. La luz del Cretácico era de un ámbar violento, filtrada por una atmósfera cargada de ceniza volcánica lejana.

—Despliegue de unidades 01 a 06 iniciado —dijo Iván.

En la pantalla, vimos a los drones rodear el nido. La hembra de Gorgosaurus se puso de pie de inmediato. Su rugido, captado por los micrófonos de alta fidelidad, hizo vibrar los altavoces de la sala de control. No era un rugido de caza; era un grito de agonía territorial. El animal veía las máquinas de seis patas como intrusos mecánicos que no respondían a ninguna lógica natural.

—Activen la frecuencia ultrasónica —ordenó Valdés.

Un zumbido de alta frecuencia empezó a emitirse desde los drones. En la pantalla, vimos cómo el animal sacudía la cabeza, confundido. Retrocedió un par de metros, con las garras traseras abriendo surcos profundos en el barro negro. Sus ojos amarillos parpadeaban con una frecuencia errática. Funcionaba. La ciencia de Valdés estaba ganando... por ahora.

—Unidad 04, posición de anclaje de cimentación —instruyó el ingeniero jefe—. Elena, supervisa el despliegue del tanque.

Elena se movió. La vi caminar hacia el dron 04, el que contenía la trampa. Era el momento. Si ella activaba la secuencia manual, Valdés vería el tanque de contención abrirse y los dardos dispararse. Teníamos que actuar antes de que el primer dardo tocara la piel del animal.

—Iván, ahora —susurré, apenas moviendo los labios.

En mi monitor secundario, una línea de código empezó a correr en rojo. Iván había inyectado un virus en el sistema de navegación de los drones, disfrazado como una interferencia magnética natural del salto.

—¡Señor, tenemos una fluctuación en el núcleo de los drones! —gritó Iván, fingiendo pánico—. El sistema ultrasónico está oscilando. ¡La frecuencia está cambiando de rango!

En la pantalla, el efecto fue inmediato. El sonido, que antes mantenía al Gorgosaurus a raya, se convirtió en un chillido irregular que enloqueció al animal. En lugar de retroceder, la hembra se lanzó hacia adelante con una furia suicida. Embistió al dron 01, volcándolo como si fuera un juguete de plástico.

—¡Elena, sal de ahí! —grité por el canal abierto, rompiendo el protocolo.

—¡No puedo! ¡El dron 04 ha bloqueado sus actuadores! —respondió Elena. Su voz estaba cargada de un miedo real, pero también de la adrenalina del plan—. ¡El sistema de defensa no responde!

Valdés golpeó la barandilla de la pasarela. —¡Disparen los sedantes! ¡No dejen que destruya el cargamento!

—¡El software de disparo está en bucle, señor! —Iván tecleaba con una violencia fingida—. ¡Si forzamos el disparo ahora, el tanque podría explotar en la plataforma de salto!

El caos se desató en el delta. El Gorgosaurus había llegado al dron 04. Vimos, a través de la cámara de Elena, cómo el animal clavaba sus dientes en la estructura de plomo, arrancando los cables de refrigeración criogénica. Una nube de gas blanco envolvió el nido. Los huevos, que estaban a punto de eclosionar, quedaron protegidos por la masa del propio animal, que usaba su cuerpo como escudo contra las máquinas.

—¡Helen, haz algo! —Valdés me agarró por los hombros, sacudiéndome—. ¡Usa tus instintos, carajo! ¡Dile cómo pararlo!

Me giré hacia él, ignorando el dolor punzante en mi vientre que me estaba nublando la vista. —No puedes parar a una madre que pelea por su nido, Valdés. Te lo advertí. El tiempo no te pertenece.

En la pantalla, vimos cómo el dron 04 empezaba a emitir una alarma de sobrecarga. Iván había sobrecalentado el núcleo de energía. Elena se lanzó al suelo, rodando lejos del claro, justo cuando la máquina estalló en una bola de fuego azulado. La onda de choque derribó a los otros drones y creó un vacío momentáneo en el aire denso del Cretácico.

El portal de regreso empezó a parpadear en la plataforma del hangar.

—¡Retorno de emergencia! —ordenó Salazar, entrando en la sala y apartando a Valdés de un empujón—. ¡Iván, trae a Elena de vuelta antes de que el campo colapse!

El hangar volvió a temblar. El olor a ozono se volvió insoportable. Sentí que el suelo desaparecía bajo mi silla. Por un segundo, la imagen del Gorgosaurus, herido pero triunfante sobre los restos de las máquinas de Valdés, fue lo último que vimos antes de que la pantalla se fuera a negro.

El impacto del regreso fue más violento que nunca. La plataforma de salto recibió a Elena, que cayó de rodillas, con el traje echando humo y cubierto de lodo y esquirlas de metal. Pero no venía sola. Detrás de ella, los restos destrozados de los drones de construcción cayeron como chatarra inútil. El tanque criogénico, el gran trofeo de Valdés, era ahora un montón de hierro retorcido y gas disipado.

Valdés bajó a la plataforma, con el rostro deformado por la rabia. Miró los restos de su inversión millonaria y luego a Elena, que se estaba arrancando el casco con manos temblorosas.

—¿Qué han hecho? —preguntó Valdés, su voz era un siseo de muerte—. Han saboteado la Fase 2.

Me acerqué en mi silla, sintiendo que la sangre empapaba de nuevo mis vendajes, pero con la cabeza más alta que nunca. Iván bajó de la sala de servidores y se puso a mi lado. Éramos tres sombras heridas contra un hombre poderoso, pero por primera vez, el poder no estaba en sus manos.

—No hubo sabotaje, Valdés —dije, sintiendo el sabor del triunfo mezclado con el de la sangre—. Hubo una colisión. El pasado se defendió. Y según los protocolos del Comité, un fallo técnico de esta magnitud cancela cualquier despliegue permanente de forma inmediata.

Valdés sacó su teléfono, seguramente para llamar a la patrulla en mi casa, pero Salazar puso su mano sobre el aparato.

—La red externa está bloqueada, Valdés —dijo Salazar con una frialdad absoluta—. El Comité de Auditoría está en camino. Iván les mandó los registros reales de los "filtros de aire" hace diez minutos. Intentar capturar fauna protegida por el tratado internacional de investigación temporal es un crimen federal. Estás fuera.

Valdés retrocedió, mirando a su alrededor. Estaba solo en un hangar lleno de gente que ya no le temía.

Me volví hacia Elena, que me miraba desde el suelo. Estábamos rotas, cansadas y marcadas de por vida, pero habíamos cerrado la puerta.

—Se acabó —susurré.

Pero mientras los médicos se acercaban a Elena y a mí, solo podía pensar en una cosa: el enano. Tenía que llegar a casa. Tenía que ver a Mateo y decirle que, aunque el apellido Rivas estaba manchado de barro y secretos, hoy ese apellido significaba libertad.

Capítulo 22. La persistencia de la luz

El complejo del Proyecto Alfa no se despidió con aplausos, sino con el ruido sordo de carpetas cerrándose y el eco de botas que ya no tienen prisa. Salí del elevador del Nivel Superficie apoyada en un bastón quirúrgico que Iván me había conseguido. Cada paso era una batalla contra la malla que sostenía mi vientre, un recordatorio de que mi cuerpo ya no era solo carne, sino un mapa de todas las veces que el tiempo intentó borrar me.

En mi mano derecha apretaba la carpeta de cuero que Valdés solía usar como un arma. Ahora solo era papel. Dentro estaban los registros originales de Luis Rivas, el acta de nacimiento de Mateo sin sellos de auditoría y la carta de renuncia de Iván y la mía.

—Te ves fatal, Rivas —dijo una voz a mi espalda.

Me giré despacio. Elena estaba allí, recargada en una de las columnas de concreto del vestíbulo. Ya no llevaba el uniforme de entrenamiento; vestía ropa de civil, unos jeans gastados y una chaqueta de cuero que la hacía parecer la mujer que pudo haber sido si su padre, el coronel, no hubiera decidido convertirla en un soldado.

—Tú no te ves mucho mejor, de la Garza —respondí con una sonrisa amarga.

Elena se acercó y, sin decir nada, me dio un abrazo corto, evitando presionar mi abdomen. Fue el primer contacto humano real, sin sensores de por medio, que compartíamos.

—Salazar me dio el mando de la unidad de descontaminación —susurró ella al oído—. Voy a enterrar ese portal bajo diez metros de concreto. Iván se queda conmigo para asegurar que los servidores se quemen. Nadie más va a volver a bajar, Helen. Te lo prometo.

—¿Y tú? —pregunté, separándome un poco.

—Voy a aprender a vivir en el presente. Creo que le debo eso a la niña que mi papá intentó borrar. —Elena me miró con una seriedad que me conmovió—. Vete a casa, Helen. Cuida a ese enano. Él es el único de nosotros que todavía tiene una historia limpia que escribir.

Me despedí de ella con un nudo en la garganta. Al salir al estacionamiento, vi a Iván a lo lejos, cargando cajas con discos duros hacia un incinerador. Me hizo una señal con la mano, un gesto sencillo que decía más que cualquier discurso. Él se quedaba atrás para borrar nuestras huellas, para que el nombre de Helen Rivas fuera solo una leyenda urbana en los pasillos del gobierno.

Conducir de regreso fue como atravesar un túnel de recuerdos. Cada calle de la ciudad se sentía extrañamente brillante, demasiado ruidosa, demasiado viva. Cuando llegué a la casa de mis padres, el sol ya se estaba ocultando, tiñendo el cielo de un rojo que me recordó, por un segundo, la atmósfera del Cretácico. Pero este era un rojo de paz, no de fuego.

La patrulla de Valdés ya no estaba. En su lugar, el viejo coche de mi padre descansaba en la entrada. Entré a la casa sin tocar. El olor a café y a pan tostado me golpeó, un aroma que por poco olvido entre tanto ozono y metal.

—¿Helen? —la voz de mi madre salió desde la cocina.

Apareció en el pasillo, con el delantal puesto y las manos manchadas de harina. Al verme, soltó un grito ahogado y corrió hacia mí. Mi padre apareció detrás, más lento, con los ojos nublados. No hubo preguntas sobre el proyecto, ni sobre las heridas. Solo hubo el llanto de dos padres que recuperaban a la hija que creían perdida en el vientre de la tierra.

—Él está en el jardín —susurró mi padre, señalando hacia atrás después de soltarme—. No ha comido mucho, hija. Ha estado esperando.

Caminé hacia la puerta trasera. Mateo estaba sentado en el último escalón, con la caja de Luis Rivas abierta a su lado. Tenía la brújula de mi hermano en la mano, dándole vueltas como si buscara un norte que el mapa no podía darle.

Me senté a su lado, sintiendo cómo el frío del concreto me calmaba el ardor de la cicatriz. Mateo no se movió, pero sentí cómo su respiración se sincronizaba con la mía.

—Luis Rivas no era un hombre perfecto, Mateo —dije, mirando el jardín descuidado—. Era impulsivo, terco y a veces creía que el mundo no era suficiente para él. Pero cuando supo que ibas a nacer, tuvo miedo por primera vez en su vida. No miedo de morir, sino miedo de no ser suficiente para ti.

Mateo cerró la brújula con un clic seco. —¿Por qué me lo dijeron así, Helen? ¿Por qué dejar que pasara tanto tiempo?

—Porque cuando Luis murió en esa carretera, el mundo se nos vino encima. Mis papás perdieron a su primer hijo y yo perdí a mi guía. Vimos en ti la oportunidad de empezar de nuevo. Pensamos que si te dábamos una historia sin fantasmas, serías más feliz. —Le puse la mano en el hombro, con cuidado—. Pero me equivoqué. Los fantasmas no se van porque les cambies el nombre. Solo se quedan esperando en el ático.

Mateo se giró y me miró. Ya no era el niño que jugaba con dinosaurios de plástico. Había algo en su mirada, una mezcla de dolor y entendimiento, que me hizo ver al hombre en el que se estaba convirtiendo.

—Valdés volvió a llamar hoy —dijo Mateo—. Antes de que se lo llevaran. Me dijo que si yo quería, podía tener una beca en cualquier universidad del mundo si convencía a mi "tía" de no declarar en su contra.

—¿Y qué le dijiste? —pregunté, sintiendo que el corazón se me detenía.

Mateo sonrió por primera vez, una sonrisa de lado, idéntica a la de Luis. —Le dije que prefería chambear de mesero el resto de mi vida antes que volver a escuchar su voz. Y que mi tía no recibe órdenes de nadie que no sepa lo que es el barro de verdad.

Sentí que el alma me volvía al cuerpo. Lo atraje hacia mí y lo abracé, ignorando el grito de mis costillas. Mateo lloró entonces, un llanto largo y silencioso que mojó mi hombro, soltando quince años de mentiras acumuladas. Ya no era el "enano" de la tía Helen; era Mateo Rivas, el último de nuestro linaje, y por fin era libre.

Esa noche, cenamos los cuatro. Hablamos de Luis, de las historias reales de cuando éramos niños, de las veces que nos metimos en problemas en la Sierra. Reímos y lloramos, limpiando la mesa de las sombras que Valdés había dejado.

Antes de dormir, fui a mi antigua habitación. Saqué mi teléfono, el que Iván me había dado, con la intención de destruirlo. Pero antes de apagarlo, una notificación apareció en la pantalla.

No era un mensaje. Era una imagen estática de la cámara del sensor 01, la única que había sobrevivido al sabotaje.

En la pantalla, el nido del Gorgosaurus estaba vacío. Pero justo al borde del encuadre, en la penumbra del bosque prehistórico, se veía una huella pequeña, fresca, impresa en el lodo al lado de una de las máquinas destrozadas. Una huella de algo recién nacido que ya sabía cómo caminar.

Y al lado de la huella, brillaba algo metálico. Era el pequeño dije que yo llevaba siempre en mi cuello y que debí perder durante la pelea. El pasado se había quedado con una parte de mí, y yo me había traído una parte de él en mi ADN y en mis pesadillas.

Apagué el teléfono y lo dejé en el fondo de un cajón.

La cicatriz del abdomen me dio un último tirón, uno suave, casi como un saludo. Sabía que nunca dejaría de doler cuando el aire acondicionado bajara de los veinte grados. Sabía que el pasado siempre estaría ahí, a sesenta millones de años de distancia, respirando el mismo tiempo que yo.

Pero mientras escuchaba a Mateo reírse con mi padre en la sala, supe que el eco de la sangre ya no era una condena. Era un puente. Y por primera vez en mi vida, no tenía necesidad de mirar hacia atrás para saber quién era.

Me llamo Helen Rivas. Soy la chica que siempre volvía. Pero esta vez, por fin, me he quedado en casa.

Fin